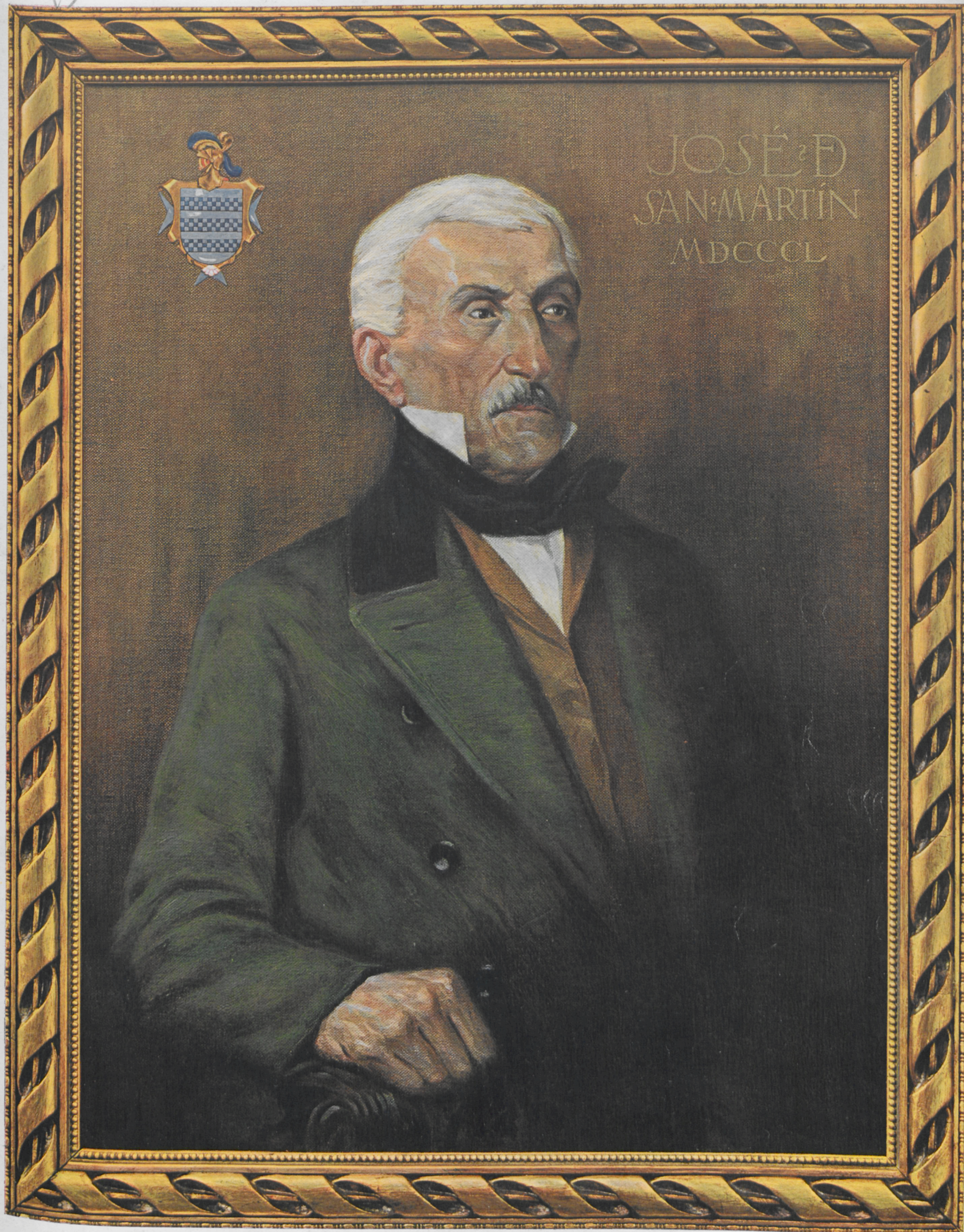




ÓLEO DE MAYOL.

P L V S V L T R A .



H. M. 1917

Cigarrillos 43

ARQUEOLOGIA ARGENTINA



RUINAS DE UN PUEBLO CALCHAQUÍ, EN PUNTA BALASTO.

Entre los numerosos monumentos arqueológicos hallados en la provincia de Catamarca, ocupan prominente lugar las ruinas de un pueblo, descubiertas hace años en Punta Balasto.

Las murallas, como las pertenecientes a aquellas remotas civilizaciones, están constituidas de lajas superpuestas, sin trabazón de argamasa o cemento. De esta clase de construcciones dará idea nuestro fotograbado.

El pueblo, ciudad o fortaleza de que se trata, estaba admirablemente situado, dominando gran extensión de terreno. Una raza preparada para la guerra hizo esos muros y supo defenderlos contra los asaltos de los rivales.

Así se mantuvieron aquellos hombres, hasta que el enemigo les despojó de su propiedad arruinando los muros. ¿En qué época ocurrió tal desastre? Ese es el problema que los arqueólogos deben resolver excavando las ruinas.

Respecto a las causas que hayan podido ocasionar la ruina de estas poblaciones indias, se han hecho numerosas conjeturas.

«Lozano, en su historia del Paraguay — dice Lafone Quevedo — habla de una emigración en grande escala al Chaco, a consecuencia de una seca y consiguiente hambruna, poco antes de la entrada de los españoles, y muy bien podría suceder que a esto se debiera atribuir la desolación que notamos hoy en toda la región al oeste de Catamarca. Yo sospecho, empero, que la ruina de la prosperidad de esta región, pueda deberse en parte a las invasiones de hordas salvajes o de Suries, que dieron en tierra con algo, sino con todo, de la civilización implantada por los pueblos de Chichas, introducidos por los Incas, o por otros anteriores a la época de Tiahuanaco, que no excluía un renacimiento bajo los auspicios de los reyes del Cuzco, que para mí no son más que restauradores de la civilización de un imperio viejo del Perú, cuyo gran centro se hallaba en el ya nombrado Tiahuanaco.»

Sea lo que fuere, es lo cierto que una civilización antiquísima y de gran esplendor estaba repartida por casi todo el continente americano, estando representada en nuestro país por los calchaquíes,

aymarás mocovíes y otros pueblos indígenas.

Ameghino comprueba tal aserto, sosteniendo que: «Cuando toda la Europa estaba poblada por verdaderos salvajes, en América había pueblos sumamente adelantados, que vivían en grandes ciudades y levantaban suntuosos monumentos.»

La organización social de los araucanos, por ejemplo, puede ser considerada como una de las más sabias y prácticas que se han conocido.

Esta civilización ha desaparecido sin dejar otros rastros que los arqueológicos y algunas muestras literarias, entre las cuales está el drama «Ollantay», que ha sido considerado algunas veces como apócrifo. Las tribus indias arrastran una vida llena de miseria e incultura. El elemento etnográfico que pudiéramos llamar «d'élite» se ha fundido con las razas inmigrantes.

Con esta desaparición tuvo triste término un ensayo que el espíritu realizaba en tierras americanas. Superiores a los pueblos que tomaron parte en la civilización antehelénica, estas naciones indias vivían una vida más armónica, más lógica.

PERSEGUIDO POR UN TEMOR INDETERMINADO



Al que no goza de perfecta salud, le persigue el espectro de la vejez prematura y de la tristeza abrumadora; muchas enfermedades, cuya causa se ignora, provienen del estómago o de los intestinos, se descuidan porque no hay peligro de muerte; pero, una vez crónicas, son insufribles y engendran la desesperación. Los desgastes físicos, consecuencia de la actividad excesiva, hacen que la mayor parte de la humanidad esté enferma del ESTOMAGO, y es necesario prevenir muchos males que ocasionan una mala digestión. «STOMALIX» Saiz de Carlos, conserva la integridad de su organismo. Es el TONICO-DIGESTIVO por excelencia. Su eficacia y su sabor agradable, han conquistado la fama mundial que goza. «STOMALIX» debe ser su compañero en la mesa.

Venta Farmacias. Pidan folleto a Carlos S. Prats, San Martín, 66, Buenos Aires.





Los suaves matices y primores de sabor que usted paladea al beber con atención el **Oporto DOM LUIZ**, forman la manifestación más intensa, depurada y perfecta de cuanto existe en vinos generosos.

SANTA SOFÍA



Sobre las ruinas de la nación griega, se estableció la romana, para llevar a cabo su último esfuerzo. Y en aquel estertor, el pueblo latino, cristianizado y helenizado, hizo prodigios de magnificencia.

Uno de los testimonios de tan suntuosa muerte es la mezquita de Santa Sofía, de Constantinopla, dedicada a la Divina Sabiduría, obra colosal, construida por primera vez el año 360 de Cristo. La basilica se incendió el año 404, durante el motín que provocara el destierro de San Juan Crisóstomo. Once años más tarde, se inauguraba nuevamente Santa Sofía, y en 532, cuando la sedición de Nika, volvió a ser destruida por el fuego.

La primera piedra de la actual Santa Sofía fué colocada durante ese mismo año por el emperador Justiniano, e inaugurada en 537.

Mahoma II, al conquistar a Constantinopla en 1453, la convirtió en mezquita. Dice la leyenda que cuando el sultán penetró en el templo, el sacerdote que oficiaba tomó las sagradas formas, y, acompañado por el diácono, desapareció a través de un muro. Por el mismo sitio reaparecerá, el día en que la iglesia vuelva a poder de los cristianos, para dar fin al santo sacrificio de la misa. Santa Sofía es un tesoro de leyendas, prodigios y milagros.

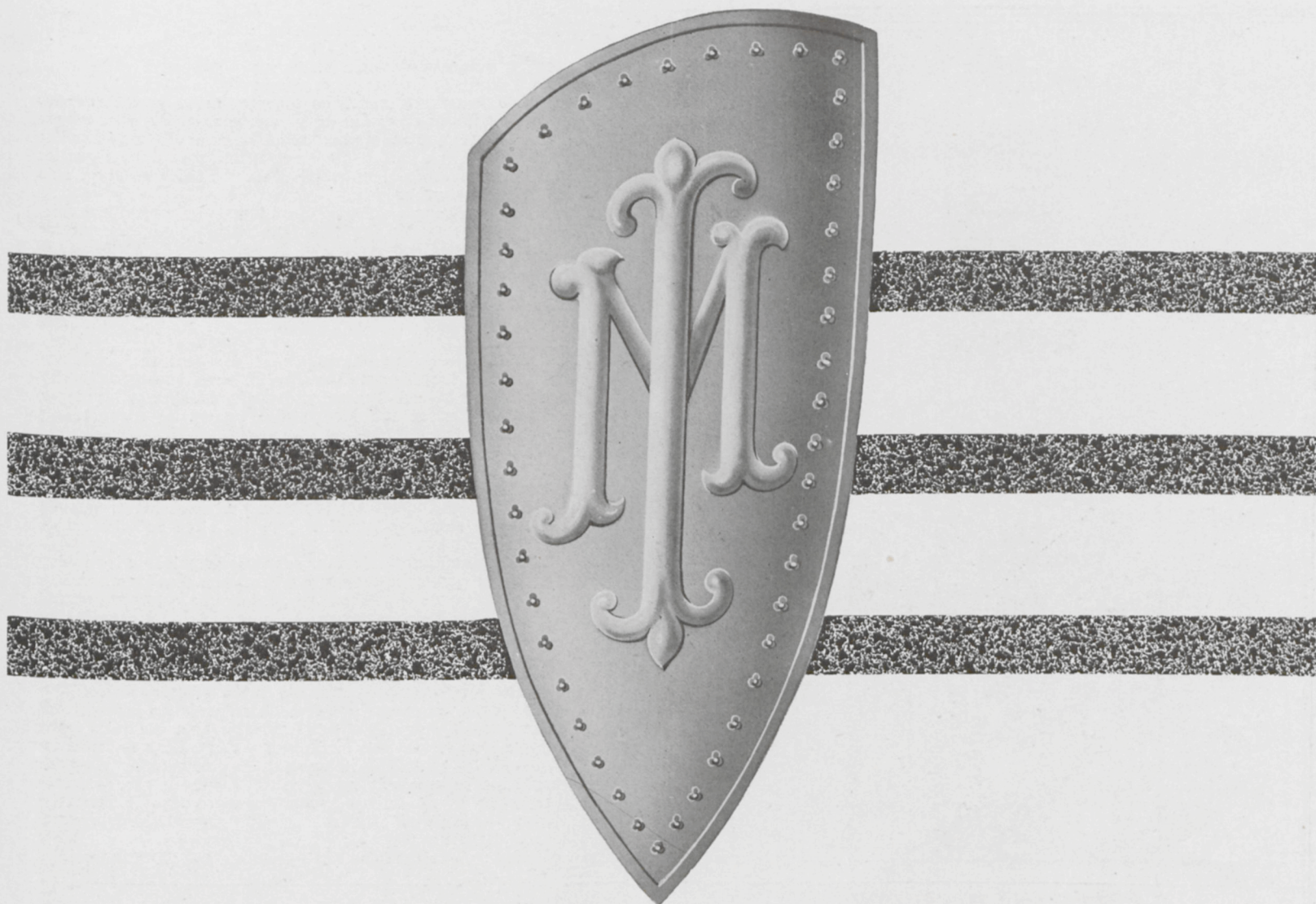
El grandioso templo es una maravilla de arquitectura. Su nave central, cubierta por una magnífica cúpula, tiene un aspecto de grandeza que subyuga.

Los turcos, justo es decirlo, han sabido conservar Santa Sofía, como si ellos la hubiesen edificado. Aparte de algunos atributos que a la religión musulmana no podían resultar muy simpáticos, los sacerdotes han dejado en el lugar en que el cristianismo bizantino las colocó, hasta las telas dedicadas a reproducir asuntos de la epopeya nazarena.

En cambio, se permitieron construir altarcillos, púlpitos y otras cosas, que vienen a afean el templo.

Cautiva de los infieles, la iglesia bizantina, que el imperio de occidente dedicó a la doble memoria de la Sabiduría Helena y la Divina Sabiduría, ha pasado cuatro siglos sin sufrir deterioros, mientras los cristianos conservan, como en rehenes, la mezquita de Córdoba, prodigioso bosque de columnas, convertido en catedral del catolicismo, gracias a algunos agregados de tan buen gusto como los pegotes que el sacerdocio turco puso en el templo de Justiniano.

Bizancio, Constantinopla o Stambul la siempre disputada ciudad edificada sobre dos continentes, fué centro de la civilización en varias épocas.



Los antiguos usaban escudos o rodellas para defender sus cuerpos contra los ataques del arma homicida.

El hombre moderno usa

IPERBIOTINA MALESCI

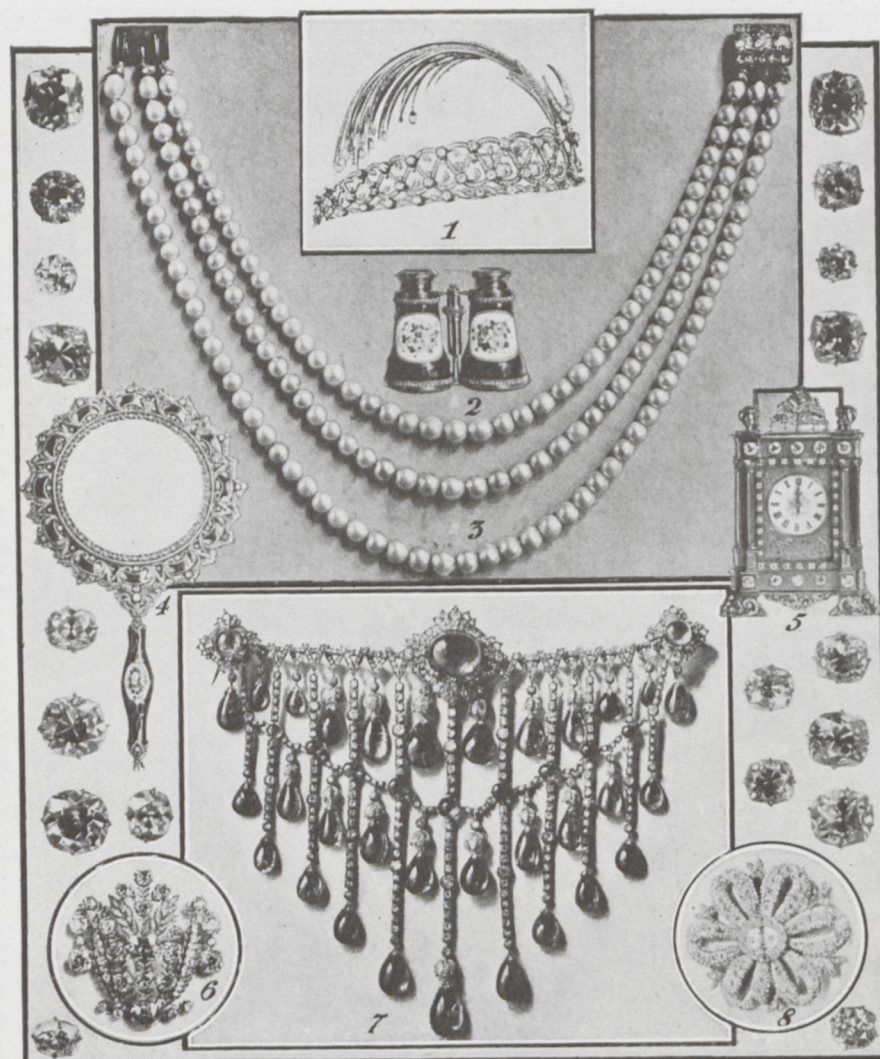
para protegerse contra las no menos peligrosas asechanzas de la neurastenia y de la debilidad, que engendra la tuberculosis.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). — Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS

M. C. de MONACO Unico Concesionario - Importador en la República Argentina.

VIAMONTE, 871 - Buenos Aires



LAS JOYAS DE ABDUL HAMID

El ex sultán rojo tenía, entre sus joyas, unos gemelos y, entre sus muebles, un piano. Los cristales de Zeiss y los pianos Pleyel o Erald son ventanas abiertas hacia la democracia, aunque se hallen en poder de un sultán rojo. Por eso, cuenta una anécdota, que aquel piano solía lanzar al aire los cantables de la opereta «La fille de Madame Angot», y se supone que los gemelos le servirían para espiar desde los balcones de palacio a los turistas extranjeros.

Y no es arriesgado afirmar que el jefe de los creyentes hubiera cambiado su trono por un «avant scene» de cualquier teatro ligero parisiense, y las mujeres de su escondido harén por el harén suelto del París galante.

Todo cansa en este mundo, todo hasta el oficio de sultán. El hastío dominaba al monarca que procuró distraerse convirtiendo su imperio en un inmenso circo donde la soldadesca hacía de fiera.

Aquel sultán de opereta trágica, atado a su trono por la costumbre y la megalomanía hereditaria, aquel irresponsable asesino, hubiese querido descansar entre los halagos de las alegres chicas, analizando con los gemelos figuras de danzarinas y coplistas.

Y este ensueño acariciado por las ligeras notas de «Madame Angot» fué, sin duda, un calmante de las sultanescas iras. ¡Cuántos desdichados armenios deberán la vida al influjo de los dos trebejos! ¡Qué bien hubieran hecho los filántropos distribuyendo pianos y gemelos entre las altas autoridades del sultanato rojo!

Abdul Hamid no pudo usar sus ricos gemelos en los teatros parisienses, porque la corona es una cadena. Los jóvenes turcos se encargaron de convertirle en un hombre apto para el destierro y para las diversiones que proporciona el estado civil.

Pero el sultán rojo, después de despintado, no pudo llevarse ni los gemelos ni el piano.

Más felices que él, sus joyas fueron a París para ser vendidas en público remate, por orden del nuevo gobierno turco.

Las joyas, que, para mayor edificación de las generaciones, reproducimos ahora, son hermosísimas: Una diadema (1) de oro y diamantes con una media luna y un penacho de brillantes; el susodicho gemelo de teatro (2) de oro, esmalte y piedras preciosas; un espejo de mano (4) con marco de oro, esmalte y brillantes; un reloj despertador (5); un espléndido broche de diamantes (6); otro broche de corpiño empedrado de esmeraldas y diamantes (8); un cinturón de diamantes (7); y la mejor de todas: un collar de perlas tasado en 920.100 francos (3).

MAPLE & CO

MUEBLES
ALFOMBRAS
CORTINAS
ARTEFACTOS
DE LUZ
ELÉCTRICA



MOBLAJES Y
DECORACIONES
COMPLETAS
EJECUTADAS
EN TODOS
LOS ESTILOS
ANTIGUOS Y
MODERNOS

SALA DECORADA EN EL ESTILO «ADAMS».
UNO DE LOS SALONES AMUEBLADOS EN NUESTRAS GALERÍAS.

658, SUIPACHA, 658



Dad

BIZCOCHOS CANALE

a vuestros niños.

Producto genuino e ideal para ellos.

Sanos, sabrosos y de facilísima digestión.

Desconfíese de las imitaciones.

Harrods exhibe las últimas creaciones en sombreros para señoras y señoritas, en los que encuentra nuestra distinguida clientela, artística preparación, calidad insuperable, chic y rigurosa moda: valioso conjunto obtenido por nuestras "premiéres" creadoras.



12



9



7



5



1



6



3

12.—TOCA para señora, de terciopelo o seda negra, bajo de ala, en color claro, adorno pinchos fantasía..... \$ 28.—

9.—BOINA en terciopelo negro, alta novedad, adorno fantasía a pesos 25.—

7.—SOMBRERO de terciopelo, motivo de alta fantasía \$ 26.—

5.—TOCA de felpa o seda drapada, adorno alas fantasía, a pesos..... 20.—

1.—SOMBRERO de felpa negra, adorno aigrette fantasía, \$ 30.—

6.—CAPELINA de panecla, copa redonda, adorno fantasía de alas, a..... \$ 25.—

3.—TOCA para señora, en panecla y seda, forma muy nueva a pesos..... 18.—

Harrods

FLORIDA, 877
PARAGUAY, 554



P l u ~ U l t r a



COSTUMBRES DE ANTAÑO
LA SERENATA

GOUACHE DE ALONSO.

El altar de la muerte por José Enrique Rodó

Noble complemento ideal de este maravilloso cuadro de Nápoles es la tumba de Virgilio. A la orilla del celeste golfo, donde concluye la ciudad y empieza la encantada bahía de Pozzuoli, sobre la colina del Pausilipo, dominando el paisaje de más pura y armoniosa belleza que puedan componer en consorcio la tierra y el agua, está la tumba del poeta, y su evocadora virtud puebla de clásicos recuerdos la inmensidad circunstante, desde las cinceladas costas donde tocó la nave de Eneas, y los volcánicos campos que guardaron la entrada del Tártaro y la gruta de la Sibila, hasta el verdor de la Campania feliz, que inspiró el dulce y acicalado poema de las mieses y los rebaños. Y luego la imaginación, movida siempre por el póstumo hechizo del poeta, se remonta más allá del horizonte visible, más allá de las cumbreras violáceas y de las nubes de oro, y redondea la visión de la Península gloriosa y edénica, y levanta sobre ella la imagen del que tuvo el sentimiento profético de una patria más duradera que el poder y la grandeza de Roma: *¡Italiam, Italiam!*

Pero hay en esos mismos contornos una tumba de donde fluye más profundo manantial de poesía; una tumba ante la cual la idea de la muerte se impone al pensamiento con una fuerza subyugadora y una virtud de sugestión mayores que las que ella puede adquirir de cualquier otro humano sepulcro, porque esa tumba es como el propio altar de la Muerte. Allí duerme quien le consagró más puro amor y la representó más bella, porque la amó por sí misma. Allí la Muerte, blanca novia, está en el tálamo con su desposado. Llegad, cuando salgais de la gruta del Pausilipo, a la antigua iglesia que se levanta a la derecha, sobre la plaza de Fourigrotta; y aproximándoos al altar mayor, ved en el suelo una lápida sencilla: es esa la tumba de que os hablo.

El hombre que allí reposa tuvo uno de los entendimientos más altos y más nobles que hayan habitado el barro de Adán. Nació con las dos supremas virtudes de la mente: la que conduce a la Verdad y la que inspira la Belleza. Como los genios de las civilizaciones nuevas y enterizas, como los Homeros y los Dantes, él, en un siglo de análisis y de reflexión, unió a la sabiduría soberana un excelso don de poesía. Y en medio de estas dos alas había un corazón, y era el de un ángel. Su ciencia fué inspirada e intuitiva desde la niñez, como la de Jesús ante los doctores, como la de Pascal adivinando la geometría; y sin auxilio de maestro descifraba, a los quince años, los textos de la cultura helénica. Penetró en ellos, por bajo del sentido verbal, el sentido estético, la revelación de exquisita belleza, y nunca hubo, desde que la lira griega enmudeció, quien sintiese y reprodujera con más esencial integridad el secreto de la hermosura antigua. Jamás versificó, en ninguna lengua del mundo, quien diera a la forma lírica vuelos más serenos, pulcritud más inmaculada, diaphanidad más celeste, movimientos más ágiles y graciosos. Tampoco alentó nunca en corazón de poeta, ansia más férvida de lo absoluto y lo divino, sueño más puro de belleza ideal y de sublime amor. Tenía vivísimo el sentimiento de su superioridad, la vocación de gloria del que sabe que vino al mundo para dominar, para alumbrar, para conducir. Todo en su idea de la vida era promesa y esperanza... Pero la Némesis envidiosa de los favores divinos reclamó para sí el cuerpo de aquel hombre. Junto a la perfecta armonía del espíritu, puso ella la maldición de la miseria fisiológica, con su triple tormento de dolor, de flaqueza y de fealdad. Apenas la juventud del poeta sucedió a su niñez sublime, su carne, herida de congénito mal, dió ejecución a aquel martirio: sus nervios y sus

Casi al mismo tiempo que la infausta noticia, recibimos este artículo en el que el genial pensador habla de la muerte.

«Némesis envidiosa de los favores divinos, reclamó para sí el cuerpo de aquel hombre», que hace pocos días visitara devotamente la tumba de Leopardi. Tal vez presentía Rodó la llegada de la muerte cuando trazaba esta oración a la memoria del poeta cuya figura es el símbolo de las vidas geniales.



músculos se incapacitaron para todo esfuerzo; su vista se nubló; sus espaldas se encorvaron y deformaron. Fué un inútil, un torturado y casi un monstruo. ¡Y detrás de su frente el genio anunciaba que había tomado el punto de la dorada sazón, y en su pecho ardía, con todo el fuego de la adolescencia, el anhelo del amor real y viviente que diese humanas formas a aquella aspiración indefinida con que el alma soñadora del niño había abarcado los ámbitos del mundo y del cielo!... Junto con la conciencia de su inmenso infortunio, y como fermento nacido de su amargor, pero al propio tiempo con la fuerza fría y analítica en que obra la reflexión de un gran entendimiento, sobrevino en el enfermo y disforme la abjuración de toda fe y de todo principio afirmativo que diese a la realidad orden y objeto. La exclamación de Bruto menor, confesando al morir la vanidad del mundo ideal, fué en lo sucesivo, el lema de su ciencia. Y la noche se hizo en la intimidad de aquella alma. Pero fué una noche inundada de trístima luz, una noche tachonada de estrellas, porque ni el engaño ni el desconsuelo pudieron disipar en la frente del infortunado la unción de la divina poesía. Por el contrario, la magnificaron y la

hicieron doblemente preciosa. Fué entonces cuando lo que había de poeta, de poeta escogidísimo y excelso, en aquel ángel vestido de miseria y fealdad, se reveló con maravillosa plenitud. Y fué la suya la poesía a un tiempo más amarga y más suave que haya anidado en el corazón humano. Todo aquel sentimiento de idealidad, de perfección y de belleza que había exaltado la mente cándida del soñador se descoloró de esperanza, pero continuó siendo sentimiento de idealidad, de perfección y de belleza. Toda aquella inmensa vena de amor que había corrido, de su impulso primero, a los bienes superiores del mundo, y se había roto en la tremenda decepción, se convirtió a un solo bien, a una sola idea, a un solo anhelo: la Muerte. Fué el poeta sublime de la Muerte. Y como poeta de la Muerte, fué el divino poeta del amor. Nunca hubo mujer, ni deidad, ni patria, ni concepto abstracto del derecho ni aspiración de libertad, gloria o fortuna, que inspiraran más dulces sueños en alma juvenil, que en aquel poeta el sueño de la Nada. Nunca hubo novia que más se embelleciera en versos de amante, que la Muerte en sus versos purísimos. Porque este amor era desinteresado y absoluto. No era el del pesimista religioso; no era el del creyente que pone al otro lado de la tumba la esperanza del cielo. Era una aspiración sin otro fin, sin otra recompensa, que la Muerte misma. Y de este culto de la Muerte nacieron versos que concilian con la serenidad y la transparencia platónicas, el fervor y el arrebatado de los místicos, el vuelo ardiente de San Juan de la Cruz. Dijo en ellos cómo el Amor y la Muerte son hermanos, y por qué el antiguo saber enseñó que «muere joven el que aman los dioses», y por qué inclina a la muerte la disciplina de amor; y dijo que cuando esta divina fuerza entra en humano pecho

Un desiderio di morir si sente,

y el alma enamorada, aun la más indocta y ajena a «la virtud que nace de la sabiduría», «comprende la gentileza de morir», y el aldeano sencillo, la doncella inocente, si amor les infunde ánimo, «osan meditar hierro y veneno» y miran sin espanto el misterio de la muerte... Y todo esto se desenvuelve en aquellos versos portentosos de modo que no está sólo sentido, sino pensado; que no es sólo una emoción poética, sino una profunda y personal filosofía; una concepción fundamental del mundo, que impone a nuestro ánimo un género de dolor muy distinto de aquel que nos transmiten los poetas que expresan desdichas contingentes, tristezas relativas, aunque grandes; porque esta poesía nos da la intuición de lo que hay de eterno y necesario en el dolor y descubre a cada cual la más escondida raíz de su infortunio.

En Nápoles se extinguieron los últimos días del poeta. Aquí, en la serena altura de Capodimonte, o en la vecina Torre del Greco, sobre la falda del Vesubio; aquí donde la naturaleza es ética como el ideal de la forma que él sintió, y donde todo evoca el mundo antiguo, a que él perteneció por las afinidades de su corazón y de su mente, esperó a la pálida amada «que había de cerrar sus ojos tristes». Aquí se realizó el desposorio; aquí perdura su inviolable fe en la paz de esa lápida de mármol.

Vosotros, los que pasáis por esta tierra encantadora y sabéis de sentimiento y poesía; los que embelesáis el alma y los ojos en la radiante luz de este cielo, en la belleza arquitectónica de este volcán, en el pagano júbilo de esta naturaleza, olvidáos un momento de la vida, revestíos de noble gravedad, y entrad a visitar el altar de la Muerte en la tumba de Leopardi.

Nápoles, marzo de 1917.

DIBUJO DE ALONSO.



DON JUAN DE SAN MARTÍN, CAPITÁN DE LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES, PADRE DEL GENERAL.



LA FAMILIA DEL GENERAL SAN MARTÍN



DOÑA GREGORIA MATORRAS DEL SER, MADRE DEL GENERAL.

Por un documento particular, cuya copia tenemos a la vista, sabemos que un caballero llamado Don Andrés de San Martín, residía el siglo XVIII en una ciudad de Castilla denominada Zervatos de la Cuezá.

De este señor, abuelo del ilustre general argentino, no se conserva nada de interés que pueda darnos una idea aproximada de su vida. Sin embargo, dadas las costumbres de la época, y el sosiego de aquellos pueblos patriarcales, debemos suponer que este hidalgo, nacido en el mismo corazón de Castilla, vivió cuidando su hacienda y preparando su espíritu para una buena muerte.

Por las noticias que aporta el antedicho documento, sabemos que don Andrés de San Martín asistía a los concejos de la ciudad como uno de los principales contribuyentes; que era amigo del Corregidor; que estaba casado con doña Isadora Gómez, de estado noble, y que tenían un hijo llamado don Juan de San Martín, el cual figuraba en las milicias del Rey con el grado de capitán.

De Don Juan se sabe que poseía el espíritu de nobleza que ha caracterizado en todos los tiempos a los hombres de nuestra raza.

En las campañas militares, se distinguió siempre por sus alardes de bizarría y entereza, mereciendo, en virtud de los méritos contraídos, que el gobierno de la península lo comisionara para trasladarse a las Indias con un cargo representativo en el ejército. Desde el Río de la Plata, donde vino a desempeñar su misión, contrajo matrimonio por poderes con Doña Gregoria Matorras del Ser, dama española nacida en la ciudad de Paredes de Nava (Castilla la Vieja), hija legítima de de Doña María y Don Domingo Matorras, mayorazgos del Valle de Lanco.

Doña Gregoria atravesó el Atlántico para unirse con su marido. Desde Buenos Aires, donde según parece vivieron varios años, pasó don Juan a dirigir las fuerzas militares que estaban de guarnición en Misiones, estableciéndose con su familia en el pueblo de Yapeyú. En dicho lugar nació don José de San Martín y Matorras del Ser, el día 25 de febrero de 1778, siendo el quinto y último hijo del matrimonio mencionado.



Don Juan educó a sus hijos en los sanos principios de moral que fueron conservándose a través de las generaciones, en los

hogares de su época. Nadie como él supo inculcar en el corazón de los suyos, aquella rectitud de carácter y aquella severidad de temperamento, que más tarde habían de distinguir al ilustre libertador, en todos los actos de su vida.

Don José pasó con sus padres a Madrid, a la edad de ocho años, ingresando en el histórico Seminario de Nobles, donde cursó con especialidad las ciencias matemáticas aplicadas al arte de la guerra. Cuando tenía once años se alistó como cadete en el Regimiento de Murcia, sirviendo en los ejércitos españoles por más de veinte años.

Sus primeras armas las hizo en las campañas guerreras de África, distinguiéndose principalmente en Orán; más tarde asistió con brillante comportamiento a las del Rosellón, tomando parte en la defensa de la Torre de Batería; ataque a las alturas de San Marsal, baterías de San Tel-

mo, Hermita de San Llué y Port Vendrés. Estuvo en la campaña de Portugal hasta su terminación, asistiendo al sitio de Olivenza.

En las guerras de la Independencia española se distinguió notablemente, tomando parte en las batallas de Argonilla, Bailén (19 de julio de 1808), por lo que fué condecorado con una cruz de Mérito, y en la de Albufera (15 de mayo de 1811), siendo tan heroica su conducta en este hecho de armas, que el mismo general Castaños, más tarde Duque de Bailén, le otorgó un escudo de honor, ordenando que su nombre figurara en la orden del día. Asimismo fué ascendido, en el campo de batalla, al grado de teniente coronel.

Dada su actuación en esta campaña, y entusiasmado sin duda por la grandiosa magnificencia de Napoleón, acaso soñaría con repetir en América las maravillosas empresas de aquel hombre, conceptuado por la historia como uno de los genios militares del mundo.

En efecto; iniciado el movimiento emancipador del Nuevo Continente, don José de San Martín embarcó en compañía de don Carlos María de Alvear, don José Matías Zapiola, y otros militares, en la fragata «Jorge Canning» con destino a Buenos Aires, donde llegó el 9 de marzo de 1812. El gobierno de las Provincias lo reconoció en su grado de teniente coronel, encomendándole más tarde la organización del escuadrón de granaderos. Desde este momento, su vida se desarrolla en un ambiente de epopeya, figurando entre los principales campeones de la cruzada libertadora.

El primer combate en que tomó parte fué en los campos de San Lorenzo, a orillas del río Paraná. En este encuentro estuvo en peligro de morir, salvándose milagrosamente gracias al heroísmo del sargento Cabral, que se interpuso entre el cuerpo de San Martín y los atacantes, pagando su arrojo con su vida.

El 10 de agosto de 1814, pasó a Mendoza para ocupar el cargo de Gobernador Intendente de las Provincias de Cuyo. Allí estuvo dos años, que empleó en reclutar el ejército con que después había de emprender la campaña libertadora de Chile. Este ejército, compuesto de cuatro mil quinientos hombres, abandonó el campamento de Plumerillo el 20 de enero de 1817, emprendiendo su marcha a través de la Cordillera de los Andes, he-



SAN MARTÍN EN LA ÉPOCA DE SU CASAMIENTO. REPRODUCCIÓN DE UNA MINIATURA.

cho que ha sido por su importancia y transcendencia, uno de los más gloriosos en la historia de América. El 12 de febrero de 1817 se libró la batalla de Chacabuco contra las fuerzas que mandaba el General Maroto.

Don Juan Martín de Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias Unidas, lo condecoró con un escudo honorífico orlado con el siguiente lema: «La Patria, en Chacabuco, al vencedor de los Andes y Libertador de Chile.»

Después de la funesta noche del 19 de marzo de 1818, se rehizo el ejército mediante los esfuerzos del General Las Heras, obteniendo el 5 de abril del mismo año, con la batalla de Maipú, la total independencia de Chile.

Al mando de dichas fuerzas, engrosadas con un importante núcleo de tropas chilenas, emprendió su viaje al Perú, desembarcando en Pisco el 10 de julio de 1821.

Nombrado Protector del Perú el 3 de agosto del mismo año, delegó el mando de su alta investidura (19 de enero de 1822) en el Marqués de Torre-Tagle, para asistir a la entrevista que se había de realizar en Guayaquil, el 26 de julio de 1822, con el



Este hermoso rasgo de las damas patricias de Buenos Aires, sólo es comparable a aquel otro de la Reina Isabel, cuando empeñó sus joyas para que pudiera llevarse a cabo el descubrimiento de América.

Doña Remedios de Escalada falleció en esta ciudad el 3 de agosto de 1823, estando sepultados sus restos en el cementerio del Norte.

De la unión de don José y doña Remedios, nació una sola hija: doña Mercedes de San Martín Escalada, que vino al mundo en Mendoza el año de 1816. Digna sucesora de tan ilustres progenitores, heredó de sus padres aquella serena majestad, y aquel dominio espiritual que hizo de ella una de las mujeres más interesantes de su tiempo. Radicada desde su juventud en Francia, donde fué en compañía de su padre el general libertador, contrajo matrimonio el año 1836 con don Mariano Balcarse, Ministro Plenipotenciario y Enviado del Gobierno Argentino en dicha nación. Don Mariano Balcarse pertenecía a la familia prócer del mismo apellido, que tan brillante actuación tuvo en la Independencia de su patria.

De este enlace nacieron dos hijas:



REMEDIOS ESCALADA DE SAN MARTÍN, ESPOSA DEL GENERAL.

prenta en 1815 y 16, y miembro de la Junta de Representantes en 1820.

Esta ilustre familia se significó siempre en la colonia y en la República, por el mérito de sus varones y el boato representativo de sus mujeres; aun en nuestros días se recuerda, entre las buenas familias porteñas, el esplendor de las veladas y fiestas con que estos señores de Escalada mantenían el prestigio de su elevada posición. Doña Remedios, esposa del general, era de una delicadeza exquisita. Su alto sentido de la dignidad y sus virtudes patrióticas, envuelven su recuerdo en una especie de santo y milagroso aroma; ella ocupa lugar preferente entre las damas de aquella época, por haber sido la primera que embelleció la historia militar del país, desprendiéndose de sus sortijas y aderezos para contribuir a la formación del ejército patriota. Alentadas por su ejemplo, muchas fueron las que después secundaron la iniciativa de la noble señora.



DOÑA MERCEDES SAN MARTÍN DE BALCARCE, LA HIJA.

general don Simón Bolívar. La conferencia no dió el resultado que se esperaba, por disenter el criterio de ambos generales. San Martín era partidario de implantar gobiernos monárquicos en los pueblos libertados, idea que fué desechada por Bolívar, cuyo espíritu eminentemente republicano estaba en desacuerdo con el propósito del general argentino.

San Martín volvió a Lima el 20 de septiembre de 1822, abdicando el mando, por lo que dió por terminada su misión, regresando a Buenos Aires y embarcándose al poco tiempo para Europa. Falleció en Boulogne-Sur-Mer (Francia) el 17 de agosto de 1850.

Estuvo casado desde el 12 de noviembre de 1812, con doña Remedios de Escalada y de la Quintana, porteña, nacida el 20 de noviembre de 1797. Era hija de doña Tomasa de la Quintana, Aoiz, Riglos y Larrazábal, y de don Antonio José de Escalada, Regidor en 1780, Alcalde de primer voto en 1784, Canciller de la Real Audiencia en 1810, Vocal de la Junta de Observación y Protectora de la libertad de Im-



DOÑA JOSEFA BALCARCE DE ESTRADA, NIETA Y ÚLTIMA DESCENDIENTE DEL GENERAL, QUE RESIDE EN EL CASTILLO DE BRUNOY, CERCA DE PARÍS.



DON FERNANDO GUTIÉRREZ DE ESTRADA, ESPOSO DE LA NIETA, FALLECIDO.

DON MARIANO BALCARCE, ESPOSO DE LA HIJA.

doña Mercedes, que murió soltera, y doña Josefa Balcarse de San Martín, esposa de don Fernando Gutiérrez de Estrada, sucesor de una distinguida y noble casa de México.

Dicha señora, última descendiente de la ilustre familia, vive actualmente en su Castillo de Brunoy, cerca de París; la sociedad francesa la respeta y la estima, habiéndose conquistado una envidiable situación por su trato exquisito y la bondad de su carácter. Doña Josefa es hoy una anciana virtuosa y caritativa, que cifra todo su orgullo en hacer el bien entre los enfermos y los necesitados; y para que esta obra de caridad bien entendida perdure hasta después de su muerte, ha fundado en las inmediaciones de su palacio un hospital y un asilo que ella sola costea. De este modo se ve rodeada de sus pobres y enfermos, los cuales bendicen el nombre de tan gran señora, que emplea su fortuna en aliviar y hacer llevaderas las calamidades y contratiempos de la vida.

VÍCTOR ANDRÉS.

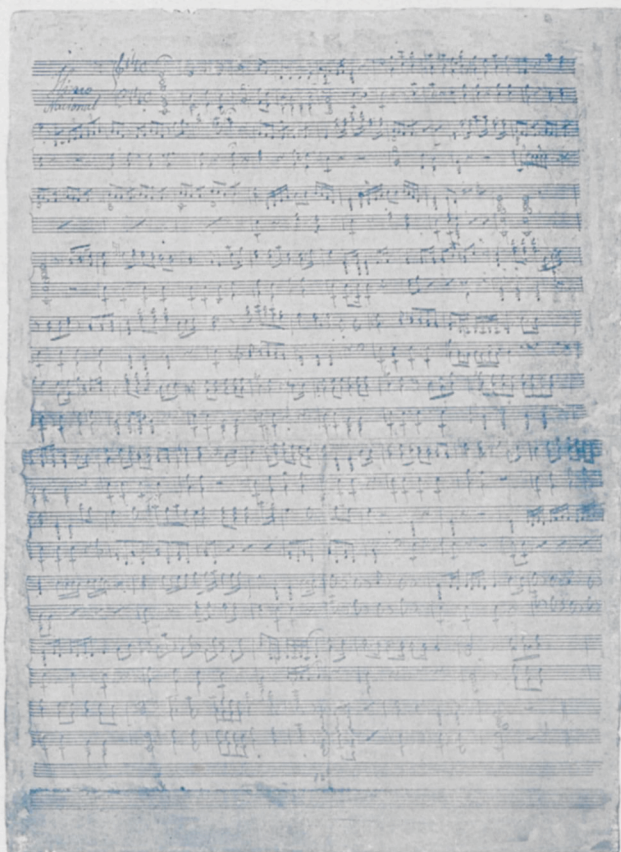


EL HIMNO NACIONAL

CUADRO AL ÓLEO DE PEDRO SUBERCASEAUX, EXISTENTE EN EL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL.



DOCTOR VICENTE FIDEL LÓPEZ, AUTOR DE LA LETRA DEL HIMNO.



REPRODUCCIÓN DEL ORIGINAL DE LA MÚSICA DEL HIMNO, QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO HISTÓRICO.



BLAS PARERA, AUTOR DE LA MÚSICA.



En las tiendas de antigüedades suelen verse todavía algunos peinetones de los que usaron nuestras abuelas, y que a veces alguna pobre artista desaprensiva suele usar poniéndosela en la arrabalesca cabeza, no hecha para semejantes finas elegancias. Porque con esos peinetones pasaba lo que pasa con todas las cosas bellas que la moda impone, bien que no con la frecuencia que sería de desear: era menester

tener la cabeza hecha para el peinetón, es decir, era menester tener cabeza, y busto y aire y todo de señora.

En sí mismo, el peinetón era ya una obra primorosa de arte. El carey más fino era la materia prima, sometida a la habilidad de los más inteligentes artesanos.

Pero el arte supremo de la gran dama, estaba en saber llevar el peinetón. Cuando empezaron a usarse, no tenían, naturalmente, las dimensiones extravagantes que alcanzaron después. Siempre ha habido apasionadas de la moda que la exageran hasta la desesperación. Así ocurrió con los peinetones, de algunos de los cuales no se acierta bien a comprender como podían ser mantenidos en el equilibrio necesario.

Siempre el arte supremo de la elegancia femenina ha estado en saber llevar las cosas incómodas que la moda exige. Cuando una mujer no acierta a llevarlas como es debido, es, sencillamente, porque no tiene el don de la elegancia. Ese don no se adquiere; se nace con él; se hereda. Hay mujeres que creen que la elegancia se puede aprender; es un error. De ahí el efecto raro que hacen algunos espléndidos peinetones en las ordinarias cabezas, y ordinario todo, de ciertas figurantes de teatro.

Los peinetones empezaron a usarse a fines del siglo XVIII, y se mantuvieron de moda hasta mediados del siglo XIX.

Buenos Aires prohibió desde los primeros momentos la moda del peinetón, llegando a ser, para la porteña, casi una moda propia, y no faltaron

artífices, de gusto refinado, que supieron hacer creaciones estupendas.

Maculino, a quien nuestros antepasados tenían por el mejor fabricante de esas monstruosas peinetas que llevaron nuestras abuelas, llegó a ganar con su industria una fortuna respetable. Podrá tacharse a este fabricante de que exageraba la moda, pero en lo que no hay duda es en que tenía espíritu creador y fantasía, pues cada pieza salida de sus talleres era una obra arquitectónica por sus desmesuradas proporciones, y un prodigio de calado; a buen seguro que una celosía árabe no tenía tanta labor como la que llevaba una peineta de Maculino. Los motivos ornamentales eran variadísimos, pero dentro del mismo tema, hojas y flores; también se fabricaron algunas con leyendas alegóricas. Las que se llevaron en la época de Rosas todas tenían inscripciones. Existe una en el Museo Histórico con esta sugestiva leyenda federal: «¡Viva la heroína de los federales! Soy, hasta la muerte, firme, fiel y fuerte.» Como se comprenderá, la heroína era doña Encarnación Escurra, esposa de Rosas, a quien trataban de inmortalizar con entusiasmo partidista los federales de cepa.

Las lindas porteñas de 1810 a 1840 tenían como el adorno más estimado de su indumentaria el peinetón, y en justicia debemos decir que quedaba realzada la gracia de su tocado con ese dosel de carey que se colocaban en la cabeza, bien es verdad que acompañando a la peineta solían prender a su cabello un jazmín o una rosa, flores que, aunque bellas, les costaba competir en hermosura con nuestras porteñas de antaño.

El peinetón lo heredaban de madres a hijas, y muchas lucieron orgullosamente en su toaleta un artístico peinetón que había sido de la abuela. En tan gran estima se tenía esa prenda de la indumentaria femenina, que constituía el mejor

regalo que podía hacerse a una novia, o a una hermana.

Con el tiempo degeneró la moda, pues los primeros peinetones que se usaron, que eran modestos en su tamaño, pero se empezaron a llevar descomunales, que son los que hoy vemos guardados en vitrinas como obras del arte colonial por los coleccionistas, y los que dieron motivo a los caricaturistas de entonces para sátiras muy graciosas.

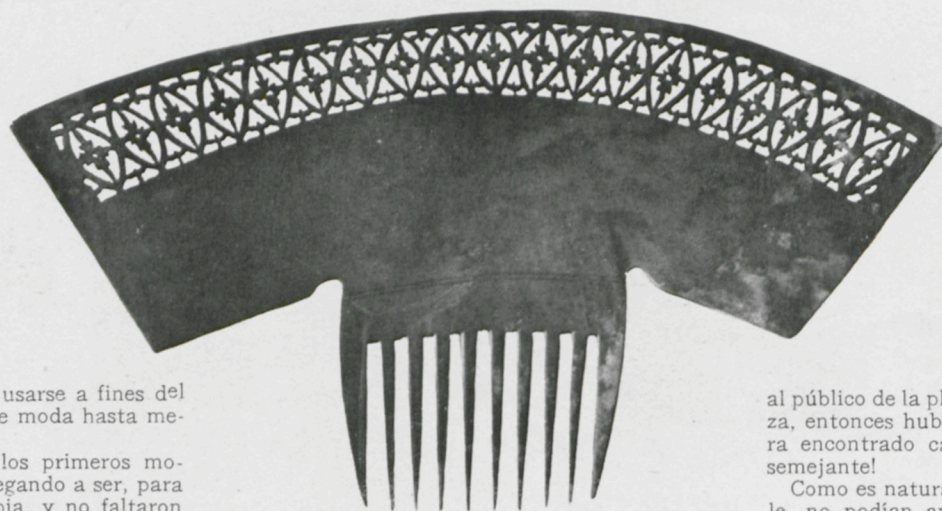
El Museo Histórico guarda una colección de láminas litográficas del año 1834 que son una verdadera curiosidad. Una de esas láminas representa un obrero que, armado de un pico, echa abajo una puerta para que la señora de casa pueda salir a pasear luciendo un monumental peinetón. Lo curioso es que el obrero, distraído en su tarea de abrir la puerta, al mover el pico ha quebrado el peinetón de una señora que pasa por la calle. Otra lámina representa una señora que yendo por la vereda deja ciegos al pasar a dos caballeros. Se ve que al artista no le faltaron motivos para hacer ironía con su lápiz, pues la colección que ha llegado hasta nosotros la componen muchas láminas interesantes en extremo.

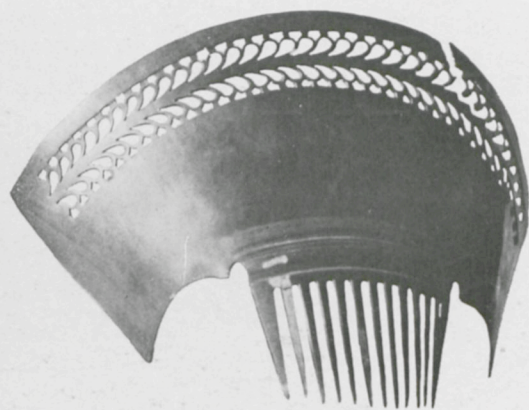
Hay una de una señora que paseando por la Alameda, en día de viento, se le subió hasta la cabeza el tapado, y enredándose con el peinetón forma una especie de globo y sube por los aires. La leyenda de esta caricatura es graciosa, pues el marido dice: «¡Auxilio que el ventarrón me arrebató a mi señora!»

Con semejantes peinetones en la cabeza, es de imaginar lo molesto que sería para los espectadores de un teatro tener por delante a una dama; pero lo que hoy se pudo hacer para que los sombreros no molesten

al público de la platea, que fué dictar una ordenanza, entonces hubiera sido imposible, no se hubiera encontrado cabildante capaz de una medida semejante!

Como es natural, en los salones durante un baile, no podían aventurarse a bailar más de tres





parejas... el peinetón ocupaba un espacio que convenía dejar libre para que las damas no tropezaran con sus peinetas y las hicieran pedazos.

La moda perduró durante muchos años, desde fines de la época colonial hasta más allá del año 40, lo que prueba el gran éxito que había alcanzado, y si duró tanto, hasta hacerse una industria genuinamente porteña, ello obedeció a que entonces no cambiaban tanto las modas, y las señoras no se desvivían, como ahora, por imitar el último figurín de París. Entonces la indumentaria femenina se concretaba al traje de medio paso, sencilla y elegante, que nuestras abuelas llevaban con tal distinción que cautivaban a cuantos las veían. De ahí la fama que llegó a alcanzar la bella y elegante mujer porteña.

Pero si la moda no cambió en lo que se refiere a indumentaria, sufrió diferentes transformaciones en lo referente al peinado; los hubo a tirabuzones, de pequeños rulos pegados sobre la frente y las sienes con goma, y el llamado de patillas, que daba a nuestras damas un carácter de distinción. Pero a través de todos esos cambios de peinados continuaba reinando el peinetón, tan insolentemente, que llegaron hasta llevarse algunos que medían dos varas de vuelo, según el doctor José Antonio Wilde, en «Buenos Aires desde 70 años atrás».

La moda de la peineta entre nuestras porteñas, tiene un abolengo clásico, español. Aquí como en España, — como podrá verse en los cuadros del castizo Goya — se usó la airosa mantilla de blondas y la de encaje; y como complemento de prenda tan graciosa para la mujer, la peineta. Ello obligaba a un peinado especial que daba carácter de matronas a las señoras, y una gentil distinción a las niñas.

El uso de tales prendas exigía en la mujer elegancia, un porte nobilísimo y un refinamiento coquetón. Unos ojos negros mirando tras el encaje de una mantilla semejaban a una huri del profeta asomada a una celosía para contemplar el Paraíso! y como los ojos de nuestras porteñas siempre fueron renegridos como el pecado y acariciadores como el deseo, de ahí que los cronistas que visitaban el país en los primeros años de nuestra independencia, más se ocuparan de la belleza de nuestras damas que del hecho histórico y trascendental que había iniciado la revolución de Mayo.

Años más tarde, dejó de ser prenda de uso la mantilla, pero el peinetón continuó reinando y ostentándose con orgullo sobre las lindas testas

de nuestras encantadoras criollas; y vino la moda de los pañuelos y los chales, con la que solían cubrirse la cabeza, pero el peinetón siempre firme como un soberano de derecho divino, sin abdicar de su reinado, sino por el contrario, creciendo en proporciones descomunales y dando que hacer a los artifices del carey.

Los creadores de la industria del carey solían fabricar tabaqueras, cajas de rapé y tarjeteros ele-



gantísimos con labores delicadas y artísticas, pero sólo los obreros que eran maestros se atrevían a hacer peinetones; ellos eran el doctorado de los artifices del carey.

Para realizar el trabajo de uno de ellos, se hacían previamente los dibujos, y después de aceptarse por el interesado el modelo, ponían mano a la obra. Era de ver la labor verdaderamente be-

nedictina que era necesaria para dar término a un peinetón! Con pequeñas sierras, y a fuerza de paciencia, iban calando los dibujos de hojas y flores, un día, y otro, sin descanso, salvando las dificultades que se presentaban de que pudiera quebrarse el carey... pero ellos, diestros y prácticos, iban haciendo filigranas con las sierrecitas hasta dejar la pieza que trabajaban convertida en una obra de arte, que luciría en toda su belleza sobre una linda cabeza femenina, único lugar digno para tan paciente y artístico afiligranado.

Y cuando una mujer se presentaba, en un sarao, en un paseo o en el teatro, — no había más que el de la Ranchería, que se quemó, y después el teatro Argentino, que ya no existe, — vestida con sobria elegancia, pero luciendo su peinetón, era seguro que los petimetres se la comían con los ojos.

Nuestras mujeres habían conquistado fama de bellas, y por derecho de conquista, se dejaban querer, pero a distancia; para tener el honor de acercarse a una niña no era necesario seguir un protocolo social como hoy, bien es verdad que se conocían todas las familias de distinción en la época colonial; pero si era preciso, a no ser pariente, que lo presentara alguno de la familia. En aquellos tiempos se creía a pies juntillas en el refrán: «el hombre es fuego, la mujer estopa, etc.»

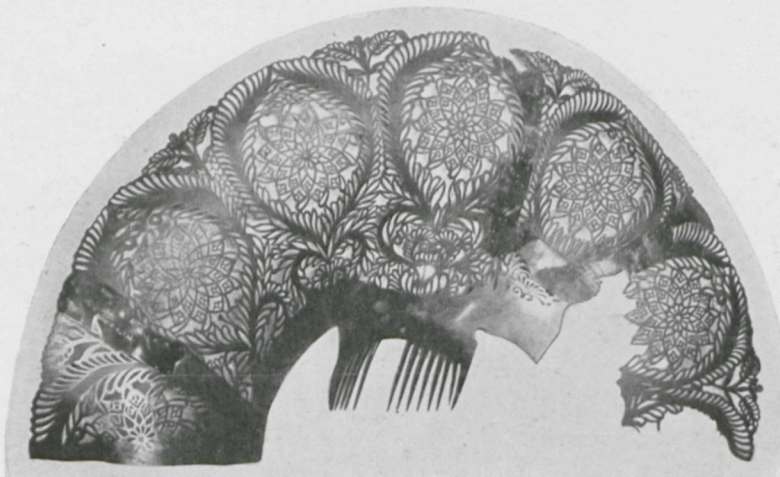
Y era de ver cuando dos jóvenes amartelados secreteaban; el mozo bajo el enorme peinetón que llevaba la novia parecía que se estuviera confesando sus veniales pecadillos.

Las mujeres de aquellos tiempos, díganlo sino las famosas acuarelas de Pellegrini, eran hermosas y distinguidas, y con aquellos trajes amplios de miriñaque, su hermoso busto, su tocado irreprochable y aquel peinetón que semejaba una corona en tan lindas cabezas, explican que enloquecieran a nuestros abuelos por tan arrogantes damas, y que la parte de exageración que hubiera en la moda, por llevar aquel armatoste sobre los cabellos, pasase desapercibida y hasta se tomase como prueba de buen gusto.

Pero si las modas no se sucedían con la rapidez que ahora, a buen seguro que no era porque nuestras damas no lo deseasen, sino porque los bergantines y goletas que venían de Europa al Río de la Plata, tardaban seis meses en llegar. Más tarde, cuando los paquetes llegaron de ultramar con menos duración de días, ya se vió que la porteña, ¡al fin mujer! supo adoptar la moda de París y salir trífante de la prueba; desde entonces terminó el reinado del peinetón.

MARTÍN DE ACHÁVAL.

PEINETONES EXISTENTES EN EL MUSEO HISTÓRICO.



DIBUJO DE
TOMADO DE
E. TARRA
P. LA FENCA

HERALDICA ARGENTINA

APELLIDOS ILUSTRES.



ALVEAR

ALVEAR. Casa solariega en la anteiglesia de San Miguel de Arás, Merindad de Estremadura en el principado de Asturias.

Varios caballeros oriundos de este Solar han ilustrado las crónicas de su linaje con heroicos hechos de armas, sirviendo como capitanes en los famosos tercios de Flandes y asistiendo a las conquistas de Italia y América.

Una rama de la Casa de Alvear de Arás, se estableció en Nájera de Navarra, desempeñando sus descendientes los cargos de Gobernadores y Alcaldes de su alcázar, por nombramiento real en el siglo XVI. Posteriormente fueron, por espacio de varias generaciones, Alcaldes del estado noble.

Don Juan de Alvear nació en Nájera de Navarra a mediados del siglo XVII, fijando su residencia en la ciudad de Córdoba, Andalucía, donde casó con una dama de apellido Escalera; tuvo por hijo a don Diego de Alvear, que se trasladó a Montilla, siendo el tronco de los Alvear de esta ciudad. Fueron sus hijos: don Juan, que siguió la carrera eclesiástica, y don Santiago de Alvear, que contrajo enlace con doña Escolástica Ponce de León, hija de don Luis Ponce de León, corregidor de Montilla. Doña Escolástica nació en el Puerto de Santa María, el año 1729, en ocasión de estar don Felipe V de Borbón instalado en el palacio de don Luis, durante la visita que realizó el soberano al Puerto de Santa María.

Don Diego de Alvear y Ponce de León nació en Montilla, el 13 de noviembre de 1749. En 1783 vino al Río de la Plata con un cargo representativo del gobierno. Casó en Buenos Aires con doña Josefa Balbastro y Dávila, hija de don Isidro Balbastro y de doña Bernarda Dávila y Fernández de Agüero. En 1794 volvió a España con su familia,

ostentando el cargo de capitán de navío. Frente a las costas de Cádiz fué atacada la embarcación por los ingleses, salvándose don Diego y su hijo Carlos y pereciendo en el desastre doña Josefa Balbastro y sus siete hijas. Casó en segundas nupcias con doña Luisa Ward, inglesa, de quien desciende la rama española de esta familia, que ostenta en la actualidad un título de conde. Don Diego falleció en Madrid, en 1830, cuando desempeñaba el cargo, por ascenso, de Brigadier General de la Armada española.

Su hijo don Carlos de Alvear y Balbastro nació en la Reducción del Santo Ángel (Misiones), el 25 de octubre de 1789. Educado en España se dedicó a la carrera de las armas, luchando en las guerras contra Napoleón. En 1812 se trasladó a Buenos Aires junto con San Martín, para llevar a cabo la emancipación americana. Su figura, célebre en la historia de la República, ha sido una de las más descolantes en el período de la Independencia. Falleció en Nueva York, el 2 de noviembre de 1853. Estuvo casado con doña María del Carmen Sáenz de Quintanilla, siendo los progenitores de la familia Alvear, de Buenos Aires.

Ostentan las siguientes armas: escudo cuartelado. 1.º Torre de plata en campo de sinople. 2.º Una puente de plata con tres arcos en campo de gules. 3.º Una encina con un lebril atado a su tronco en plata, y 4.º tres lises de Francia en oro sobre gules.

LAVALLE. Apellido originario del palacio y casa-fuerte del Valle de Bofa, donde fueron conocidos sus hijos con la denominación de señores de Lavalle.

Un descendiente de esta familia fundó casa solariega en el Concejo de San Pedro, jurisdicción de Somorrostro en los Escartiones.

Don Pedro de Lavalle, coronel de los reales ejércitos, hijo de don Martín de Lavalle y de doña Antonia de San Martín y Llovera de la Quadra, casó con doña Isabel Bodega y Cuadra-Salazar, de la misma rama del marqués de Villarias. Procrearon a don Juan y a don Simón de Lavalle Bodega y San Martín, Caballero de Calatrava, Corregidor de Piura, Juez, Alcalde y Oficial Real de las Reales Cajas de Trujillo. Nació en San Pedro de Somorrostro, el 28 de octubre de 1706. Contrajo matrimonio con doña Carmen Cortés Cortabio de León y Roldán-Dávila, dama ilustre, descendiente de Hernán Cortés, Marqués del Valle y conquistador de México y de los condes de Molina de Aragón. Nació en Trujillo (Perú), el 31 de enero de 1712. Tuvieron por hijos a don José Antonio, Caballero de Santiago y primer Conde de Premio Real por gracia de Carlos III, en atención a los méritos contraídos en la sublevación indígena de Tupac-Amaru, en 1781. El otro fué don Manuel José de Lavalle, natural del Perú, Contador General de la Real Aduana de Buenos Aires. Se desposó en esta ciudad con doña Mercedes González, teniendo por hijo al ilustre general argentino don Juan Lavalle, guerrero de la Independencia Sudamericana, nacido el 20 de octubre de 1797 y muerto trágicamente el 8 de octubre de 1841.

Armas: Sobre oro dos leones rampantes de azul rodeados de cinco estrellas gules. En jefe, oro, media águila negra explayada y al timbre, sobre el yelmo un brazo armado con espada.

BELGRANO. En la provincia de Oneglia, en Italia, tenía su residencia esta familia, siendo progenitor del linaje Pompeyo Belgrano, Notario en 1585.

Tuvo por descendientes a Agustín, capitán en 1649; María Virginia y Carlos Matías Belgrano, fallecido en 1660. Hijos de este último fueron: Rogelio (1649), Tomás, canónigo (1660) y Francisco Belgrano, cuyo hijo Carlos Félix nació en 1685. Este fué padre de Francisco, médico en 1770 y de Carlos Nicolás Belgrano, nacido en 1709 y desposado en Oneglia con María Gentile-Peri. Procrearon, entre otros, a don Domingo Francisco Belgrano y Peri, que nació en la antedicha ciudad el año 1731; pasó a la península ibérica donde residió varios años, naturalizándose español. En 1759 vino a Buenos Aires, donde fué Regidor y Alférez Real del Cabildo. Casó con doña María Josefa González-Casero y tuvieron, entre otros hijos, a don Miguel, casado en primeras nupcias con una dama de honor de la reina María Luisa de Borbón-Parma, y en segundas con su sobrina doña Flora Ramos. Otro de sus hijos fué el general don Manuel Belgrano, Prócer de la Independencia, nacido en Buenos Aires el 3 de junio de 1770. Se educó en España, volviendo con el título de Licenciado en Derecho y con el nombramiento de secretario del Real Consulado. Después de la Revolución de 1810 figuró en el ejército patriota, llegando a conquistar

las más altas graduaciones de la milicia. Asistió a las batallas de Tucumán y Salta y fué el creador de la bandera nacional argentina.

Murió en Buenos Aires, a los 50 años de edad, el 20 de junio de 1820. Su cadáver fué sepultado en el atrio del convento de Santo Domingo, al lado de la epístola, y amortajado con el hábito de la Orden.

Tuvo por hija natural a doña Manuela Belgrano, casada con don Manuel Vega, padres de doña Flora, don Carlos y don Manuel Vega Belgrano.

El escudo originario de esta familia es: en campo de gules tres espigas de trigo con sus granos de oro; por timbre una corona y el lema «Bel-grano».

VIAMONTE. La familia de este apellido procede de Cataluña, existiendo varias ramificaciones extendidas por la península y América.

Don José Viamonte, natural de la ciudad de Mataró, contrajo enlace con doña Francisca de Mulardos, en el primer tercio del siglo XVIII. Tuvieron por hijo a don Jaime Viamonte, nacido en la misma ciudad. Este se dedicó a la carrera de las armas, viniendo a Buenos Aires, donde casó el 24 de agosto de 1770 con doña Bárbara González-Cabezas, portefa, hija de doña Francisca y de don Felipe González. Procrearon a don Juan José Viamonte, General, Prócer de la Independencia, nacido en Buenos Aires el 9 de febrero de 1774. Peleó como militar cuando la primera invasión inglesa de 1806, desempeñando más tarde el cargo de ayudante del General don Santiago de Liniers.

En la guerra de la Independencia asistió a la batalla de Suipacha y a otros hechos de armas, contribuyendo al triunfo de la causa libertadora. Falleció en Montevideo el 31 de marzo de 1843. Por sus relevantes méritos de patriota y por sus campañas militares, ha merecido de la posteridad ser colocado entre los próceres de la Independencia.



LAVALLE

El escudo hereditario de la familia Viamonte es compuesto de diez jaqueles de oro y diez de azul.

CASTELLI. En las crónicas históricas de Italia figuran varios de este linaje por haberse distinguido durante las luchas de los estados italianos en los siglos XVI y XVII.

La familia Castelli de Buenos Aires, es oriunda de la ciudad de Venecia, donde residía don Antonio Castelli, casado con doña Francisca Salomón. Estos tuvieron un solo hijo, que se llamó don Angel Castelli, el cual, después de haber hecho sus estudios en Venecia se trasladó a Cádiz, embarcándose para el Río de la Plata el año 1742. En Buenos Aires contrajo enlace en 1762 con doña María Josefa de Villarino y González de Islas, procreando, entre otros, a don Juan José Castelli, patriota de la Revolución. El 17 de septiembre de 1781 falleció don Angel Castelli, siendo enterrado en la iglesia de San Francisco; su viuda doña María Josefa de Villarino contrajo segundas nupcias con don José Joaquín Terrero y Escalera, progenitor de los Terreros de Buenos Aires.

Don Juan José Castelli nació el 19 de julio de 1764, empezando sus estudios en el Real Colegio de San Carlos y doctorándose en la célebre Universidad de Charcas. Más tarde contribuyó al éxito de la Revolución de Mayo, figurando como vocal de la Junta. Falleció el 12 de octubre de 1812 y fué padre de don Pedro Castelli, uno de los jefes del levantamiento de 1839 contra don Juan Manuel Ortiz de Rozas.

Escudo: sobre negro, un castillo de oro adaurado de gules. En jefe una estrella del mismo metal en campo de azul.

José M. Pérez-Valiente.



VIAMONTE



CASTELLI

RODÓ HA MUERTO

La Muerte ha paseado por la América intelectual el filo de sus guadañas y ha hecho caer tres cabezas magníficas. Hace poco más de un año, se dormía para siempre Rubén Darío, en el viejo y tropical lecho — caoba y jazmines — de su León amada; cerraba ayer Almafuerte los ojos tristes en su pobre casa de ladrillos de arrabal, en La Plata, y hoy, en tierras lejanas, muere José Enrique Rodó, la máxima figura uruguaya.

Peregrino de arte por Europa, le sorprende la muerte en la Ciudad Eterna, y a fe que, para tan noble corazón, para mente tan serena, cuadra bien, como decoración fúnebre, el ambiente de la Roma milenaria y maravillosa.

Pero la imaginación no puede concebir a Rodó muerto en un vulgar cuarto de hotel, sobre la almohada común, rodeado de lacayos indiferentes. No. Una tarde apacible salió a pasear por la campiña clásica; se acostó, cansado, en un ribazo, bajo un pino armonioso, la cabeza sobre un mármol de ruinas... Hipnos le preparó un dulcísimo lecho de amapolas, y, sin tránsito doloroso, la muerte recogió su alma inmortal, mientras las Gracias, un dedo sobre los labios, imponían silencio en los contornos anochecidos.

Divagábamos por la Avenida aquella noche, en busca del amigo habitual, cuando un grupo de gente nos detuvo ante las pizarras de un diario.

Levantamos perezosamente la cabeza y bajo una noticia cualquiera de la política nuestra o de la guerra de todos, leímos esta noticia: «Ha muerto el literato José Enrique Rodó».

José Enrique Rodó... José Enrique Rodó... repetíamos sin atinar a comprender... El nombre claro, familiar y glorioso sonaba a cosa extraña, imposible, así unido a aquel anuncio de muerte, nosotros que le sabíamos por las riberas sonoras del Mediterráneo, entre los mármoles sagrados de Italia, ágil, ávido de emociones, en florecimiento soberbio y constante.

Pero... ¿cuántos años tenía Rodó? Nos interesa la edad de los grandes hombres. Consideramos nuestra humildad y pensamos: Todavía podremos hacer algo.

¿Cuántos años tenía Rodó? Cuarenta y cinco. ¿Cuarenta y cinco nada más? ¿Era posible?

La nube negra y espesa cubría el astro radiante a la mitad de su carrera luminosa. Soplabla la racha helada cuando más altas subían las llamas de la hoguera preciosa. ¡Cómo! ¿No era robusto, sano, destinado a una vejez gloriosa de patriarca delante de la tienda de sus enseñanzas, de abuelo feliz en el coro dilatado de sus nietos espirituales?

Poco después, al estrechar la mano del amigo fraternal, nos repetíamos: Ha muerto Rodó.



ños apretados sobre las sienes, caíamos sobre los textos pesados, páginas y más páginas...

Y ocurría, en nuestro fervido entusiasmo, que nos daba envidia el Uruguay por haber cuajado semejante hijo, y le queríamos nuestro, nacido en esta orilla del Plata y no en la de enfrente.

Porque la noche en que se supo la muerte de Rodó, hubo en Buenos Aires muchos jóvenes silenciosos y tristes y porque muchos habrán recordado sonoras cosas de la juventud pasada, nos pareció que nuestro meditando paseo por la Avenida, simbolizaba en poco el dolor de nuestra ciudad y, así, enviamos nuestro sentimiento a la vecina Montevideo donde, campanas y crespones, se aprestan a decir el grande dolor de sus hijos...

Contemplamos largamente los retratos del gran muerto. No le conocimos en vida.

El cabello, tirado hacia atrás, parece abundante, fuerte, descuidado. Se eleva sobre la frente, se abulta tras orejas y se adivina caído en blanda y discreta melena.

Un tanto grandes las orejas que supieron recoger melodiosos cantos de sirenas, vasto rumor de vientos del Renacimiento y el suave suspiro de las sedas francesas del siglo diez y ocho.

Apriétase la frente en dos surcos profundos y verticales, y bajo las cejas densas y tras los anteojos encajados como con rabia en los rebordes orbitarios, miran muy lejos los ojos grandes, negros, brillantes, inocentes.

La nariz gruesa, curvada, separada por un pliegue largo y escéptico de la mejilla carnosas. Poblado el bigote y afilado en ahidalgadas puntas castellanas.

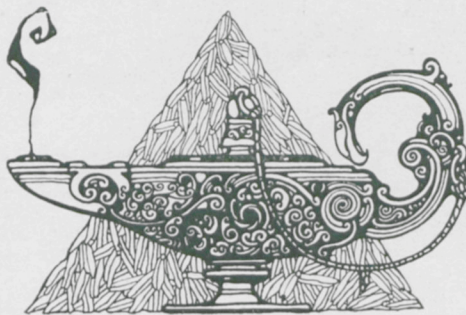
La cara se ensancha un poco sobre las mandíbulas, se redondea en la barba y se continúa en un cuello robusto, por donde el aire debió circular violenta y generosamente, tanto, que ha aflojado la camisa y desplazado la corbata descuidada sobre el pecho amplísimo...

Cuello romano, hecho más que para las vestimentas al uso, para el rebozo holgado y noble de las antiguas túnicas...

La obra de Rodó se abre ante nuestros ojos como un hermoso camino enarenado, lleno de sol y flanqueado de estatuas blancas y perfectos árboles.

La Argentina comparte tu dolor, Uruguay, y mientras la tierra americana espera los restos mortales del que fué la serenidad en la selva bravía, el mármol bajo las enredaderas, oye los sones magníficos con que la lira de Herrera y Reissig prepara una nueva «Recepción» en la gloria, al alma inmortal del más grande de tus hijos!

FERNÁNDEZ MORENO.

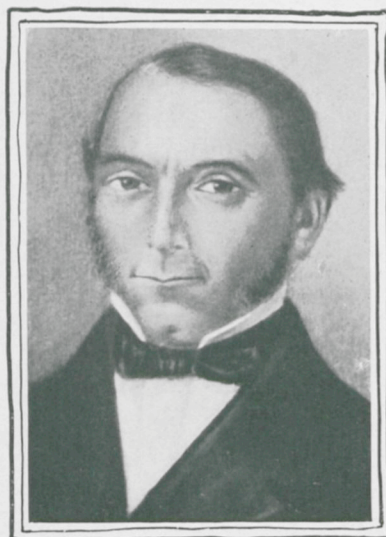




DON FRANCISCO
ANTONIO
ESCALADA
ALFEREZ REAL DE
BUENOS AIRES



DON ANGEL
MARTIN CARRANZA
ALFEREZ REAL
DE SANTIAGO
DEL ESTERO



LOS ALFERECES REALES

Son recuerdos olvidados de un Buenos Aires que no conocimos. Personajes que fueron, procesiones que pasaron, vanidades de antaño...

El Estandarte Real del Capitán Hernando de Vargas sacado en 1605... ¿No percibes acaso, amable lector, a través de los muchos, muchísimos años transcurridos desde entonces, algún aspecto de la sociedad que evoca esa reliquia al contemplarla? Ella era el símbolo de la dominación española, esa cosa tan estimada y a quien se debe venerar pues es Estandarte del Rey Nuestro Señor en el cual están la ymagen de Nuestra Señora Madre de Dios la Virgen Santa María y en otro lado las ynsinyas y Armas Reales del Rey Nuestro Señor a quien la Divina Majestad guarde muchos años como por sus fieles vasallos es deseado, según reza en los Acuerdos del extinguido Cabildo.

El Estandarte Real creó el cargo de Alferez Real. No se concibe lo uno sin lo otro: su entidad era indisoluble.

El Alferez Real guardaba el estandarte, y tenía obligación de defenderlo del enemygo y de otro cualquiera que fuese en contra su Majestad y su Real Corona y en el caso y defensa morir. Así lo juraba ante el Cabildo en el acto de su recibimiento.

El 11 de noviembre, día de San Martín, patrono de Buenos Aires, se celebraba el pomposo paseo del estandarte. En esta solemnidad, el Alferez Real, portando el augusto símbolo, montado en caballo con gualdrapas, exageraba la presumida importancia de su investidura, ataviándola con riqueza deslumbradora, y en su acompañamiento, aparatoso y grave, iban, observando puntillosa jerarquía, los Corregidores, el clero, los militares y el vecindario.

El Alferez Real desempeñaba sus funciones por el término de un año. El Cabildo lo elegía en los primeros tiempos de la colonia; pero, más tarde, cuando el viejo

régimen entró en decadencia, el ambicionado cargo se hizo venal, lo que no obstó para que continuara siendo una distinción y honra cuyo goce se lo disputaban los vecinos más acaudalados.

El Alferez Real don Francisco Antonio de Escalada, de noble cuna y merecimientos notorios, fué el último que en 1811 sacó el Estandarte Real, poco después de estallada la Revolución de Mayo, y de él se conservan todavía dos magníficos trajes, que usara en ese empleo, uno de seda celeste y otro de terciopelo granate, ambos con lujo de ornato y los espadines correspondientes.

Y no sólo en Buenos Aires hubo Alfereces Reales, sino que también los hubo en todas aquellas villas y ciudades que rindieron pleito homenaje a las Armas de los Reyes Católicos, desde la conquista del Nuevo Mundo hasta la emancipación americana.

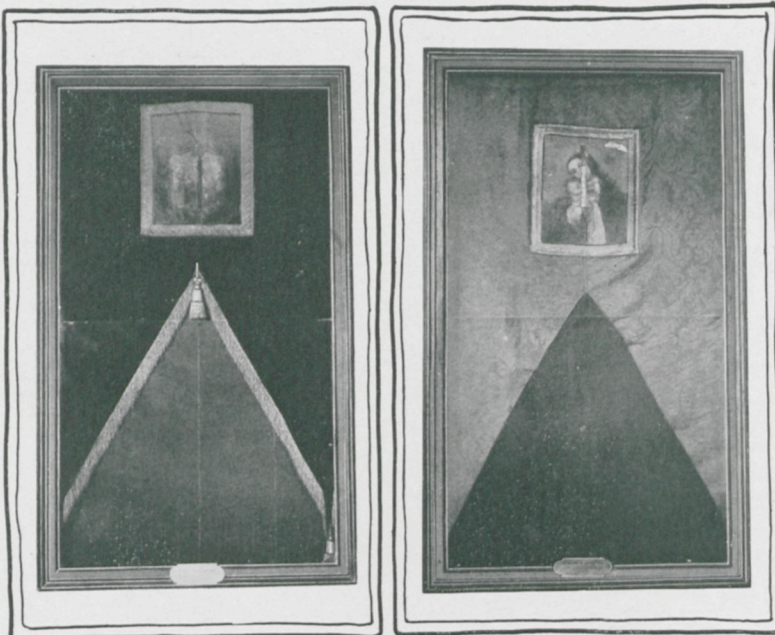
Ellos eran los representantes del prestigio de la casa reinante, y por consecuencia, tenían que ser personas de calidad, para ocupar tan altos puestos, y año tras año, en medio de la admiración de las gentes que, afanadas en mezquina vida de aldea, necesitaban de vez en cuando ser heridas por algún reflejo del esplendor de la metrópoli, se encontraban con todas las prerrogativas de su dignidad para mantener incólume en el ánimo del pueblo, el respeto que debían a sus Majestades.

Los Alfereces Reales desaparecieron para siempre, y los Estandartes que llevaron tan orgullosamente, ya no tienen más valor que el que asigna la Historia a los melancólicos restos del pasado.

Ellos recuerdan instituciones, creencias, costumbres de un Buenos Aires extraño al nuestro.

Personajes que fueron, ceremonias de bulla, vanidades de antaño...

ALEJANDRO LABOUGLE.



E STANDARTE DE
ALFEREZ REAL DE
BUENOS AIRES
EN LA JUVA DE
FERNANDO DE

E STANDARTE DE
DONADO AL CABILDO
DE BUENOS AIRES
POR EL CAPITAN
HERNANDO DE VARGAS



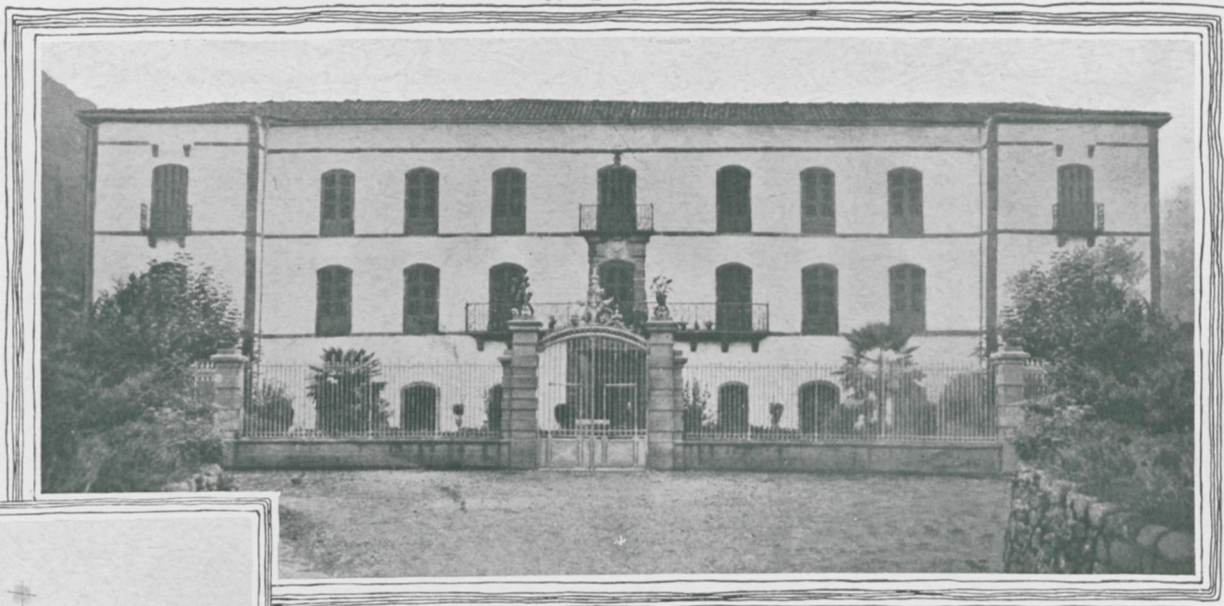
GUALDRAPA Y
ESPADIN DEL
ALFEREZ REAL
DON ANGEL
MARTIN CARRANZA



TRAJE ESPADIN
Y GUALDRAPA DEL
ALFEREZ REAL
DON FRANCISCO
ANTONIO ESCALADA



CASAS SOLARIEGAS



PALACIO DE AGUIRRE, EN DONAMARÍA, NAVARRA, CASA ARMERA Y CABEZA DE BANDO. SU POSEEDOR, TITULO SEÑOR DE DONAMARÍA DE AGUIRRE, TENÍA EL PRIVILEGIO DE ASIENTO Y LLAMAMIENTO A CORTES.



IGLESIA PARROQUIAL DE DONAMARÍA, DONDE EXISTE EL PANTEÓN DE LOS SEÑORES DE AGUIRRE, ASCENDIENTES DE LA FAMILIA ARGENTINA DEL MISMO APELLIDO.

América, no atravesaron el mar con el solo deseo de acumular riquezas, sino que vinieron también a cumplir sagrados deberes a ellos encomendados.

En diferentes lugares del viejo mundo, existen aún las casas solariegas de algunas de las familias a que hacemos mención; sus representantes, por amor a lo tradicional, en sus viajes a Europa visitan las ruinas familiares que mantienen a través de los tiempos el prestigio de sus antepasados.

A veces, destacándose en medio de un paisaje austero y noble, el viajero descubre la mole agrietada de un edificio, cuya arquitectura, entre fortaleza y monasterio, está sellada por la elegancia mudéjar y la severidad castellana. Otras, están las casonas venerables en esos pueblos que testimonian fechas y acontecimientos históricos, destacándose como atalayas sobre los peñascos de las cumbres. En el ambiente de esos pueblos flota el alma de los grandes místicos, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, el Greco. Por las montañas vecinas, re-

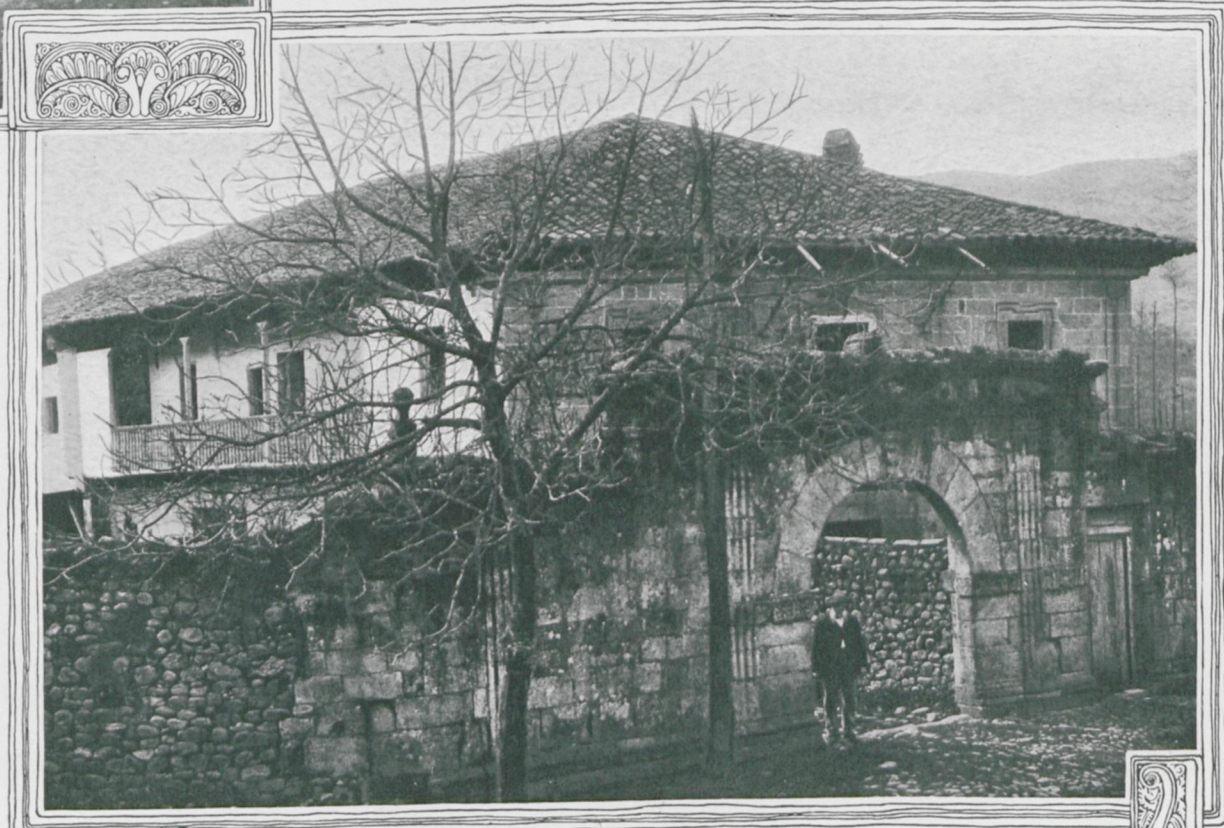
tumba el eco de los vendavales como un grito de guerra contra los invasores de todos los siglos, y en las pardas llanuras que se dilatan a sus pies, flota el gallardo airón del Romancero, como una nube blanca que se perdiera en la lejanía transparente.

PALACIO DE AGUIRRE. — Situado en Donamaría. Perteneció a los señores de Aguirre, Gentiles-hombres de la Merindad de Pamplona.

Don José Yanguas, en sus Adiciones al Diccionario de Antigüedades de Navarra, dice de los Gentiles-hombres de este reino, que por los años de 1520 componían una milicia destinada a la ayuda de la persona real. En ella se hallaban comprendidos los sujetos de la más alta nobleza, figurando en sus filas el mariscal y el condestable.

En la relación de los Gentiles-hombres de la Merindad de Pamplona, se citan al señor de Donamaría, al señor de Aguirre y al señor de Ursúa. En la página 239 se nombran los palacios y cabos de armería que existían en Navarra y los nombres de sus dueños en el año 1723. Entre ellos figuran el palacio de Zubiría, de don Juan de Ursúa; en el Valle del Baztán, el de Jaureguizar de Arrayoz, de doña Ana de Larralde; y el de Oiz, en Santisteban de Lerín. Su propietario, don Francisco de Aguirre y Ursúa, es el ascendiente directo de los de este apellido en Buenos Aires.

Todos los mayorazgos mencionados pertenecie-



SOLAR DE LOS GARCÍA DE SOBRE-CASA Y BUSTAMANTE, DE LAS ASTURIAS DE SANTILLANA, DONDE NACIÓ EL CORONEL DE INGENIEROS DON PEDRO ANDRÉS GARCÍA Y BUSTAMANTE, PADRE DEL CÉLEBRE DIPLOMÁTICO ARGENTINO DON MANUEL JOSÉ GARCÍA Y FERREYRA, PRÓCER DE LA INDEPENDENCIA.

Entre las familias que forman la nueva generación argentina, hay muchas que por su ilustre ascendencia y la antigüedad de su linaje, pertenecen a las llamadas de abuelo. En su mayoría, éstas han conservado el prestigio social e histórico que heredaron de sus progenitores, figurando hoy en primera línea dentro de la sociedad de Buenos Aires. Cuando los territorios de la República estaban todavía bajo la tutela de los reyes hispanos, venían a establecerse aquí muchas personas de figuración, bien con cargos en las milicias, por conveniencias particulares o como representantes del gobierno. Unos y otros constituían en la colonia un núcleo distinguido, y al unirse y formar su hogar en estas tierras, pusieron los cimientos a una sociedad que por su cultura y sus méritos puede compararse actualmente a las viejas aristocracias europeas.

Aquellos hombres, cuyos hijos fueron más tarde los primeros que levantaron el grito emancipador en



CAPILLA OJIVAL Y ENTERRAMIENTO DE LOS GARCÍA DE SOBRE-CASA. EN PRIMER TÉRMINO, SE VE UNA ARTÍSTICA VERJA DE HIERRO REPUJADO.



PIEDRAS MURALES DEL SIGLO XVII, DONDE SE VEN ESCULPIDAS LAS ARMAS DE LOS GARCÍA DE SOBRE-CASA Y BUSTAMANTE.



ALTAR DEL MÁS PURO ESTILO BARROCO, DONDE SE RINDE CULTO A UNA IMAGEN DONADA POR LA INFANTA DOÑA MARÍA TERESA, DELFINA DE FRANCIA, AL PRELADO DON ANDRÉS DE BUSTAMANTE GARCÍA DE SOBRE-CASA, CONDE DE PERNIA.

ron a la misma familia por alianzas entre sus poseedores.

La antigua Casa-armera y Cabeza de Bando, situada en Donamaria, fué destruída con todas las Casas-fuertes de Navarra y Vizcaya, por orden del cardenal Giménez de Cisneros, cuando la revuelta de las Comunidades. Sobre sus ruínas, y utilizando los materiales derruídos, se construyó en el siglo XVII el actual palacio, de bellas proporciones y decorado al estilo barroco.

En él nació don Agustín Casimiro de Aguirre y de Micheo, Familiar de la Inquisición, Comandante de Infantería de Milicias, Regidor y Alférez Real del Cabildo de Buenos Aires, que el año de 1779 juró y proclamó al rey don Carlos IV. Fué padre de don Manuel Hermenegildo de Aguirre y Alonso de Lajarrota, hombre público y patriota de la Revolución de Mayo.

SOLAR DE LAFUENTE. — Situado en el lugar de Guarnizo, cerca de Santander. Lleva el número diez y ocho del Barrio de Subieja y está edificado sobre una pequeña eminencia, dominando dos valles y dando frente al mar. Su construcción se remonta a los años de 1600, demostrándose la antigüedad y nobleza de esta familia en lo primitivo y sencillo de las armas, las cuales se muestran esculpidas en una piedra sobre el muro del Homenaje. Fué su fundador don Juan de la Fuente, empadronado como Caballero en la Municipalidad de la Villa, y desposado con doña María del Valle de Solana.

Descendiente directo de los nombrados fué don José Antonio de la Fuente, que nació en la misma casa el 15 de septiembre de 1737. Pasó a Buenos Aires donde casó con doña Dionisia de Sosa, siendo padres de don Juan Bautista de la Fuente, ilustre guerrero de la Independencia. Estuvo casado con doña María Josefa Peres, perteneciente a una de las familias porteñas más antiguas. Entre los ascendientes de esta señora, figura don Gonzalo Martel de Guzmán, primer Alcalde de Buenos Aires, al ser fundado en 1580. El general Rui Díaz de Melgarejo, fundador de Villa Rica y Ciudad Real y cuñado de Juan de Garay, y don Manuel de Frías, Familiar de la Inquisición y primer gobernador



PIEDRA DE ARMAS DE LOS SEÑORES DE LAFUENTE.



CASA SOLARIEGA DEL APELLIDO LAFUENTE, EN GUARNIZO, CERCA DE SANTANDER. DE ELLA PROCEDE EL MILITAR, PRÓCER DE LA INDEPENDENCIA, DON JUAN BAUTISTA DE LAFUENTE Y SOSA.

del Paraguay en 1517. Los de esta familia tuvieron enterramiento propio en la iglesia de San Francisco de Buenos Aires, al lado de la epístola, por privilegio de sucesión de don Andrés Ximénez de Fuentes, antepasado de la misma señora, dicho privilegio concedido por el célebre misionero San Francisco Solano.

CASA DE LOS GARCÍA-MANSILLA. — Existente en el lugar de Carranceja, antiguo abadengo de la célebre colegiata de Santillana del Mar. Es cuna de los García de Sobre-Casa, cuyo origen se halla estrechamente vinculado a la revuelta de los Comuneros. Destruída la antigua torre de Quijano, por orden de Carlos V, años más tarde, apaciguadas las turbulencias, fué edificada en su lugar la actual casa solariega, a expensas de don Juan García de Sobre-Casa, Bustamante y Quijano, descendiente de los antiguos dueños. Llamada «la sobre-casa» y más tarde «palacio del Obispo», por vínculo de mayorazgo pasó a poder del conde de Pernia, don Angel de Bustamante y García de Sobre-Casa, Obispo de Palencia, de quien la heredó don Agustín del Rivero Bustamante y García de Sobre-Casa, Caballero de Carlos III; muerto sin descendencia, volvió la casona a poder de los García, hasta don Esteban Juan García de Sobre-Casa y Guerra, padre del coronel de Ingenieros don Pedro Andrés García, célebre combatiente de las invasiones inglesas, guerrero de la Independencia y progenitor de los García-Mansilla de Buenos Aires.

La edificación de esta casa es de estilo barroco, acusando en algunos detalles la influencia románica. En la iglesia cercana poseen una capilla de hermoso estilo, que con honores de capellanía (Cédula Real de Fernando VI) sirvió de enterramiento a los Garcías y Bustamantes.

Tal es, a grandes rasgos, la reseña histórica de estas antiguas casas, con sus muros desportillados, sus rejas y balconadas herumbrosas, sus aleros y portadas vetustas coronadas por pétreos escudos, que son, en el relieve de la piedra, como cicatrices heroicas.

MARTÍN DE CLÉVES.



FOTOGRAFÍA DE WITCOMB.

Srta. JOVITA
GARCÍA
MANSILLA



... Cuando las importunas, obedeciendo sin duda a un prurito indomitable de hacer ruido y de moverse para llamar la atención, se fueron otra vez, bulliciosas, como una bandada de mistos atolondrados, la pareja tornó a quedarse sola. Aquel banco rústico del parque de La Estancia, les pertenecía por ley de conquista. Lo ocupaban todas las tardes desde hacía un mes, sin que la presencia de un efebo de piedra, eternamente aplicado a la tarea de extraerse una espina, les molestara en lo más mínimo...

Ella, era bonita como tantas... La individualizaban, la rara belleza de sus manos y la maravillosa expresión de sus ojos. Lo sabía, sin duda, porque empleaba, sin reservas, ambos recursos contra su «natural enemigo».

Este era, también, mirándole «al pasar», un muchacho como cualquier otro muchacho; pero, al observarle con más detenimiento, se advertía en él una extraña peculiaridad fisonómica: sonriente, parecía un chico ingenuo y divertido, y serio, un viejo veterano de la vida.

Cuando el grupo indiscreto desapareció detrás de los arbustos, en una de las revueltas de la senda, él, trató de apoderarse una vez más de aquellas manos blancas, de aquellas manos tibias, pequeñas, inquietantes: de aquellas manos perversas que le obsesionaban hasta el punto de verlas correr, todas las noches, como arañas de nácar, a lo largo de la cornisa de los muebles... Pero ella evitó el contacto:

—Cuidado, —dijo,— que nos pueden ver. —Y bajando los ojos, se aplicó a arreglar, a conciencia, los amplísimos pliegues de su falda.

La sonrisa desapareció como por encanto de los labios de él. Se puso de pronto absolutamente serio. Se hubiera dicho que acababan de pasarle cincuenta años por la cara.

Así, cuando ella tornó a mirarle amable, pero con cierta expresión de reproche en sus ojos hondos, la fisonomía infantil había desaparecido, para trocarse en una cara de rasgos duros, casi seniles, en una cara tallada a hachazos.

Se miraron en silencio por espacio de algunos segundos, hasta que al cabo ella habló. No deseaba otra cosa.

—Yo no sé por qué —dijo, con acento malhumorado y mimoso— yo no sé por qué usted se empeña, siempre, en ponerse en ridículo delante de «esas».

—¿Yo?

—Sí, usted; y le juro que no le veo la gracia... Yo quisiera saber qué es lo que se propone al decir esos disparates.

—No son disparates...

—No diga pavadas; le hablo en serio... No solamente se perjudica usted con esas bromas, sino que me perjudica a mí, me pone en ridículo...

—¿A usted?

—A mí; ¡sí, señor! ¿O usted cree que es muy divertido eso de que la gente crea que a una la festeja uno que ha estado loco?

El, había vuelto a recuperar su cara de niño y aquella gran sonrisa optimista y buena.

—¿Y por eso estaba enojada?

—¿Y le parece poco? Vea, lo que hay, es que usted no se da cuenta de las cosas, de la infinita maldad de la gente. Yo no sé si usted sabrá lo que pasó la otra noche en lo de Rodríguez? Elena Suárez repitió punto por punto todos los disparates que dijo usted el domingo, por hacerse el gracioso.

—¿Qué disparates?

—Y, eso de que usted estuvo dos años en el hospicio de las Mercedes, que la locura era una de las tantas desgracias de su familia, ¡qué sé yo!

—Está bueno...

—Imagínese el rato que pasaría... ¡Ah! me olvidaba: para que vea como la gente toma en serio esas cosas... Cuando me iba ya, una señora vieja —la de Pérez— me detuvo para decirme con mucho misterio que tuviese cuidado, porque «eso» casi siempre repetía.

—¡Ay, ay! ¡Qué bueno! ¿Y usted qué le dijo?

—¿Y qué quiere que le dijese? Le dije que eran bromas suyas, «gracias», esas «gracias» inexplicables «del niño»... ¿Qué le iba a decir?

Hubo un buen compás de silencio. Ella se arreglaba, nerviosa, el cabello detrás de las orejas, y



La cola del zorro

él, inclinado el busto, trazaba líneas en la conchilla, con el ala de su sombrero de paja.

La brisa de la tarde traía hasta los oídos de ambos, y amortiguado por la distancia, el rumor de alegres voces lejanas.

«El monstruo mundo» se divertía, sin duda, allá, en las canchas de «tennis»...

De pronto, él levantó la cabeza. Sonreía, pero tenía una cara de viejo que daba pena.

—Dígame una cosa, Celia... ¿Usted ha visto zorros alguna vez?

Ella le miró con extrañeza y desconfianza.

—¿Zorros? Sí, he visto... ¿Quién no ha visto zorros? ¿No tiene uno azul «su simpatía», la de Torres? ¿No tengo yo misma uno del Canadá?

—No; no me refiero a zorros-pieles, sino a zorros vivos, y a estos zorros criollos que andan por el campo...

—Los conozco también, he visto en el Zoo, y, además, ¿no mataron uno aquí, el otro día, los perros?

—No; aquel era un zorrino...

—¿Entonces no sé!

—Ya lo veo, y es de lamentar, porque así no podré explicarle el por qué de esa actitud mía, que tanto la intriga y mortifica.

—¿De qué? No entiendo...

—Digo que si usted conociese los zorros y sus curiosas características y no los confundiera con una motocicleta o con un auto...

—¡Ya empieza a decir pavadas!

—...Yo podría explicarle tal vez en dos palabras, porque es necesario que la gente crea que tengo «un taras», una falla, algo que me macula, que empequeñece o me deprime.

—Yo sé lo que es un zorro. ¿No es un animal que se come las gallinas?

—Justamente, las gallinas y los pichones de perdiz y los corderos inocentes y hasta quizá se la comería a usted si la encontrara de noche...

—Bueno; pero eso que tiene que ver...

—Un momento. No es precisamente el comer lo que caracteriza al zorro. Como los hombres, los animales, comen y han comido siempre lo más y lo mejor que han encontrado, y, en consecuencia, no puede ser nunca el comer, un rasgo curioso, sino una vulgaridad desesperante. El zorro, Celia, es como todo el mundo lo sabe, menos usted

al parecer, el animal más astuto de la creación y quizás el más inteligente. Se han escrito toneladas de páginas a ese respecto. Yo he visto una señora zorra, transportar entre los dientes hasta su cueva, uno por uno, y sin romperlos, media docena de huevos de perdiz, que como usted debería saber, si no lo sabe, son de una fragilidad imponderable. Cualquier sirviente suyo hubiera roto por lo menos uno.

—Bueno, ¿y eso?

—Allá voy... Pero la astucia es su principal característica. Yo creo que algún zorro viejo debió ser el inventor de la estrategia. Cuando lo corren los perros —los perros odian a los zorros atrocemente, porque son sus parientes más cercanos, por lo que odia el moreno al negro y odiamos los hombres a los monos— cuando lo corren los perros —decía— cuando lo corren con esa brava decisión que sabemos correr también los humanos, cuando «la llevamos en fija» en contra de algún enemigo, el zorro suele despistarlos con frecuencia, arrollándose simplemente en torno de una mata de puna como si fuera una boa... Cuando lo acorralan, cuando no puede más, cuando se muere ya de angustia y de fatiga, entonces recurre a un expediente... ¿Usted sabe como tienen la cola los zorros?

—Sí, ¿como no?...

—¡Mentira, no sabe! Es amplia, velluda, afelpada, como toda la piel, y tiene, además, la facultad de esponjarse, de aumentar de volumen, erizando sus pelos... En esas condiciones, parece un plumero... Bueno, como le decía, cuando el zorro no puede más, cuando ve su muerte

inminente bajo la lluvia de dentelladas feroces, entonces «pone la cola», como dicen los gauchos, entrega su apéndice caudal, como un «a cuenta», como un anticipo, a las crueles mandíbulas de sus perseguidores, para que entretenidos en mascar algo, le den quizás el tiempo necesario para hallar la chispa de ingenio que le permita salvarse. El zorro sabe que está bajo los dientes, que los perros no han de perdonarlo, que han de morderle el cerebro, el corazón, lo más vital que tenga, y por eso, sabiamente, les da la cola, que es lo que menos vale, lo que menos duele, y se manifiesta con ello un estratega y un conocedor profundo de la psicología perruna...

—¿Y?...

—¿No ha comprendido?

—Sí; algo...

—Es muy sencillo: El hombre bueno, Celia, viene a ser en la sociedad como un zorro perseguido. La sociedad no admite que haya uno de los suyos, que sea completamente íntegro, como los perros no admiten que los zorros vivan tranquilos en los campos. En estas condiciones, la fama del hombre, realmente honesto, corre un peligro bárbaro; el mismo peligro que el pobre zorro acorralado bajo las dentelladas furias de los canes. Si no tiene «un taras», si no tiene una mancha vergonzosa o ridícula, preciso será que la invente. De lo contrario la calumnia se encargará de la tarea, y la calumnia es inteligente, práctica y cruel, como la dentadura de los perros: no se anda por las ramas y busca el corazón, porque «tira a matar», todas las veces. Por eso, ya que hay que sacrificarle algo, sin remedio, sacrificuémosle voluntaria y sabiamente como el zorro lo que menos nos cueste, lo que menos nos duela. Especulemos dentro de nuestra propia impotencia, seamos prácticos, salgamos al encuentro del peligro como aconseja un filósofo optimista: «Lleva tu carcaj adonde esté el enemigo». Arrojemnos a los canes ávidos de sangre, un pedazo de nuestra hermosa integridad, para que se entretengan en mascarla. No tenemos cola como los zorros, pero podemos tener taras o vicios. Elijamos entre todos el que menos nos repugne o dañe y entreguemos esa cola moral al enemigo. Yo afirmo, por ejemplo, que estuve loco, que he habido muchos locos en mi familia; otro podrá decir que le gusta el alcohol, otro que juega, otro, en fin, que se desmaya si ve degollar una gallina, pero hay que decir algo... Que una vez reconocida y consagrada la mácula que deslucen nuestra garzota, quizá podamos salvar el corazón de una mortal dentellada...

BENITO LYNCH.

DIBUJO DE FRIEDRICH.



Leyenda de un tiempo mejor

A mi tía
 Dominga

Por el Vizconde de
 Lascano Tegui

Laura Bertina de Pallardi Cozensa era profundamente piadosa. Entre la iglesia de Santa María dei Fiori y su casa, que formaba el ángulo de Longo l'Arno y el puente de Santa-Trinitá, camino que hacía varias veces al día, sus ojos, que eran terribles y hermosos, no miraron jamás hombre alguno. Ni a su mismo marido. Un joyero de la Piazza della Segnoría tuvo la desgracia de ver que esos ojos reacios a la vida, lo miraran al azar que melancólicamente, y se enamoró de ellos. Paulo de Santeferino hizo cuanto era humano para que Laura de Pallardi volviera a mirarlo con igual melancolía que aquella vez pasada. Fué inútil. Cerró su tienda de joyero y vivía como un alma en pena sobre el puente de Santa-Trinitá al que daban las ventanas de Laura. Jamás ninguno de sus vidrios empañóse con la respiración de la dama hermética, que no se acercó a la ventana ni para mirar despectivamente al enamorado, al que la lluvia calaba los huesos, y el viento impío que el Arno lleva consigo en el invierno le arremolinaba las ropas y los cabellos haciéndolo aparecer como un harapiento. Las viejas devotas se persignaban al verlo, porque — lo decían — Paulo de Santeferino estaba loco. El loco de amor habíase adelantado a Laura arrojándole en el camino que seguía habitualmente, no flores sino las piedras y el oro que hacían toda su fortuna de orfebre. Una noche, puso toda su vida en la última alhaja, un escapulario de la virgen y lo tiró a los pies de la impenetrable que lo deshizo bajo su tacón. Paulo de Santeferino al sentir el vidrio y las hojas de oro

reducirse en polvo bajo el pie indiferente, dió un grito espantoso. Fué como si se hubiera abierto la entrada de la cisterna donde el sultán Solimán III echó ciento cincuenta mujeres y un par de tigres. Ese grito fué el de la locura misma, y Paulo corrió al puente y se tiró a morir desde el parapeto a las aguas del Arno que pasaban turbias y apuradas en ese tiempo. Era feliz de morir, pero el diablo que lo seguía lo tomó de la cintura y se lo llevó consigo.

Desde ese día la vida de Laura se hizo intolerable. Su marido comenzó a jugar y a perder todo su patrimonio. Las noches las pasaba fuera de su casa, y el viento aquel que despeinaba y desarreglaba a su manera la figura trágica de Paulo de Santeferino ululaba siniestro bajo las ventanas de Laura. El Arno pareció poblarse de voces y de fantasmas que venían a golpear la casa vetusta que hacía pie en el agua. Las noches en aquel caserón que se fué quedando desierto, pues Pallardi Cozensa fué perdiendo sus muebles, sus obras de arte, sus ropas, eran la misma antesala del infierno para Laura, cuyo único descanso era el lecho abandonado en la cámara fría. La nieve au-

mentó ese año el silencio a que la había condenado la vida.

Eran las cuatro de la mañana. Florencia dormía en la noche clara de un tramonto de luna sobre la nieve. El Arno tenía el encanto de un puñal acerado. Pasaba sigiloso bajo la vaina de los puentes mohosos y se retorció con la elegancia de un puñal que busca un enemigo hábil que se retira. Por sobre el puente de Santa-Trinitá, pasaron dos sombras. Eran las de Pallardi Cozensa y el diablo. El diablo acababa de ganarle todo. Pallardi Cozensa abrió una de las puertas del caserón y el diablo se quedó bajo el arco de la entrada esperando al rival que subía en busca de el último par de sábanas de su lecho. Las había perdido.

El ruido de los pasos de Pallardi Cozensa se perdieron en lo alto de la escalera. El diablo entretanto se echó a andar de aquí para allá. De pronto, por el puente, vió venir hacia él una silueta blanca. Sus ojos la descubrieron sin esfuerzo. Era Jesús.

— Mala noche para tus negocios — dijo el diablo.

— ¿A quién torturas en esta tierra? ¿Es que no te bastan las almas de los que se condenan por sí solos? ¿Tienes necesidad de tomar de la mano a todos los desesperados para perderlos a tu antojo?

— ¿Qué quieres que haga? Yo soy el diablo... En cambio, tú eres feliz. No haces nada más que bien. Tú has seguido tu vida y tu destino. A mí, en cambio, me han condenado. Tú eres excelente entre los buenos. Sin embargo, tu bondad no te alcanzaría para salvarme a mí. No eres lo suficientemente fuerte para salvar al diablo.

— Déjame tu sitio. Ocupa el mío, — dijo Jesús, — y sé feliz.

El diablo titubeó. No creyó en las palabras de Jesús; pero sintiendo volver a Pallardi Cozensa, se dijo:

— A ver si ocupa verdaderamente mi sitio.

Jesús se colocó en el umbral y el diablo se perdió bajo el puente; de Pallardi Cozensa traía el par de sábanas aun tibias del cuerpo de su esposa.

— Toma.

— No, — respondió Jesús. — Guarda una de ellas para envolver el cuerpo de tu mujer. Será su mortaja.

A la mañana siguiente un pescador que sacaba arena y arcilla del Arno para los vidrieros de Fiesole, pescó el cadáver de Paulo de Santeferino que no había aparecido aún después de su muerte. Un grupo de curiosos le miraba tendido en la costa. Entre ellos estaba el diablo que dudaba aún en tomar el sitio de Jesús. No le alcanzaban sus fuerzas. En esto vió llegar a su eterno rival.

— Vamos a ver como cumple mi misión, — se dijo el diablo. — ¿Será capaz de ser lo suficientemente fuerte para ser malo?

Jesús sacó una sábana que traía bajo el brazo y amortajó el cadáver con ella. Estaba aún tibia del cuerpo de Laura Bertina de Pallardi Cozensa. Viendo esto, el diablo se apuró en volverse al infierno temiendo que la bondad de Jesús le trastocara todos sus planes. Jesús podía reemplazar al diablo. El diablo no podía reemplazar a Jesús.





LA-CANCION ARGENTINA-

POR

Edmundo Montagne

Honores al pueblo argentino
que empieza su largo camino
viendo un amplio cielo lucir
siempre anchuroso y adelante,
de modo que lleva el semblante
deslumbrado de porvenir.

Más adelante y tan a prisa
va en busca del sol la sonrisa
de mi nueva felicidad,
que al dar en ella se ha aumentado
en ti de modo inusitado
el regocijo y la bondad.

En ti Argentina bienhechora,
reino de la perenne aurora
por quien me deberé esforzar
para colocar en ofrenda
mi corazón a que se encienda
en el sol como en un altar.

Sea mi vida revivida
bajo la esfera esclarecida
voz de celeste exaltación.
Mostrando a los pueblos tu oriente
esa voz con tu voz aliente
en un canto de anunciación.

Honores al pueblo argentino
que empieza su largo camino
viendo un amplio cielo lucir
siempre anchuroso y adelante,
de modo que lleva el semblante
deslumbrado de porvenir.

DIBUJO DE
MONTAGNE

VICTORIO

SILVA

LOS DOS ESQUELETOS.

Una tarde estábamos comiendo una sandía, en medio del campo, con Jerónimo Clyster; reparé, desde la primer tajada, que en vez de atar nuestros dos caballos en un trozo de fiandubay que, cinco pasos más allá, se levantaba media vara del suelo, fuera arrastrando sus descarcañaladas chancletas hasta una mata de paja próxima, donde sujetó nuestras dos cabalgaduras, junto a una osamenta fresca, cuyo lendel, perceptible todavía, indicaba que el animal había muerto muy poco tiempo ha.

— ¿Por qué no los ata de esa estaquita que parece hecha de encargo? — le pregunté.

— Porque ningún animal, caballuno o caballo, debe pisar un sepulcro.

— ¡Cómo! ¿Esto es un sepulcro? ¿Y a qué diablo me ha hecho sentar sobre él para comer sandía?

— En primer lugar, yo no le he hecho sentar sobre él...

Veníamos entretenidos en amigable plática, cuando nos tentó la vista el melonero, que ya principia a desaparecer con su carro entre aquel pajonal.

— Pero, comer sandía junto a una sepultura...

— Peor hubiera sido pisarla; se nos hubiera presentado a la noche para tirarnos del pelo y agarrarnos las patas con sus manos frías.

— ¿La sepultura?

— El muerto, el hermano de mi madre, mi tío, el inglés Bawdry.

— ¿Está aquí?

— Su esqueleto, y un poco más allá los residuos de aquel que le mató.

— Pero, Dios mío.

— ¿Y por qué no le pusieron en sagrado?

— Entonces no existía Cone-

sa. Dolores quedaba diez y siete leguas, y mientras vinieron las autoridades e hicieron las averiguaciones transcurrieron dos días. El tiempo estaba malo...

Total, que se puso manido y, como no había carpintero, amortajámosle en un cuero arrastrándole, con el mismo zaino baldero, hasta esta lomita donde le sepultamos. El crucero se descolgó con el tiempo, sin dejar más que esa ele, esa tilde, ese garabato que usted ve.

— ¿Y hace mucho que ocurrió eso?

— Diez y seis años; pero antes de contarle la historia del

muerto, debo hacerlo con la de los dos caballos, tan unidas las dos como el maíz con la espiga y el freno con las riendas. Los

dos caballos eran ajenos y tenían una infinidad de marcas en el cuarto. Ambos llegaron a mi casa en 1860, permaneciendo uno de ellos hasta su muerte, y ocurrida hace cuatro meses, y el otro hasta 1874, en que se lo llevó la revolución con otros cincuenta; y trescientos novillos que todavía nos debe el Estado. No quiero contar el

gasto que hicieron en la casa de negocio, que estaba calle por medio, porque el negocio era de ño Avelino Frías, el sanjuani-

no, actualmente víctima de Plutón. Yo estaba entonces en el colegio, bajo la férula de un discípulo suyo, y tengo muy presente que, terminada la revolución, vino ño Avelino a visitar-

nos y a ponernos la queja de su desgracia. «¡Ah!, decía, en una hora solamente se pierde el trabajo de veinte años. ¡Y esos al-

sinistas, tan perjudicantes! » ¿Y por qué dos caballos, que no tienen alma, y un esqueleto, que tampoco la tiene, podrán ser los

protagonistas de mi cuento, dirá usted? Ambos eran zainos: zaino negro el baldero y zaino mula el de arar. Grandes y corpulentos los dos, de pocas cer-

das el negro y el otro con una

melena que hasta su pecho llegaba. Sólo en el mes de agosto se podrían descifrar las confusas señales que les tomaban los cuartos. En aquella sazón cayó mi tío a nuestra casa. Venía de Cañuelas, donde había estado algún tiempo. Mi tío no tenía marca alguna aparente, confundíndose con cualquiera de los rubios que duermen, comen y beben por todas partes. Cuando llegó a este país hacía treinta y dos años que le echaron el agua, única cosa que distingue a un labriego de la yunta zaina que ayuda a su faena. Era hombre rarísimo y caprichoso. En los momentos que le dejaban tranquilo sus iras periódicas, tenía unas salidas que hacían reír a fuerza de ser ingenuas y necias. A pesar de que los ingleses son especialistas, entendía de todo, y lo mismo tomaba el azadón que componía un reloj, encauzaba una avenida o forjaba el acero. Yo siempre admiré esa cualidad múltiple de algunos hombres, de hacer bien muchas cosas tan contrarias como útiles; yo, que sacado de echar botones, oler donde guisan, empinar el codo y curarme los juanetes, no sirvo ni para engordar la tierra, puesto que mi grasa es agria. Mi tío quería sembrar una loma muy alta que teníamos en el fondo del campo. Mi padre le entregó cuatro cortes de rancho, trescientas ovejas «de la pata», un par de lecheras, una piara de cerdos, y semillas y sarmientos y gallinas y pavos en cantidad, y diez y nueve gansos y medio...

— ¿Cómo y medio?

— Diez y nueve vivos y la mitad de uno, fiambre, con un pan francés y media bota de vino carlón. Hizo sacar también de la cochera el arado, la ras-

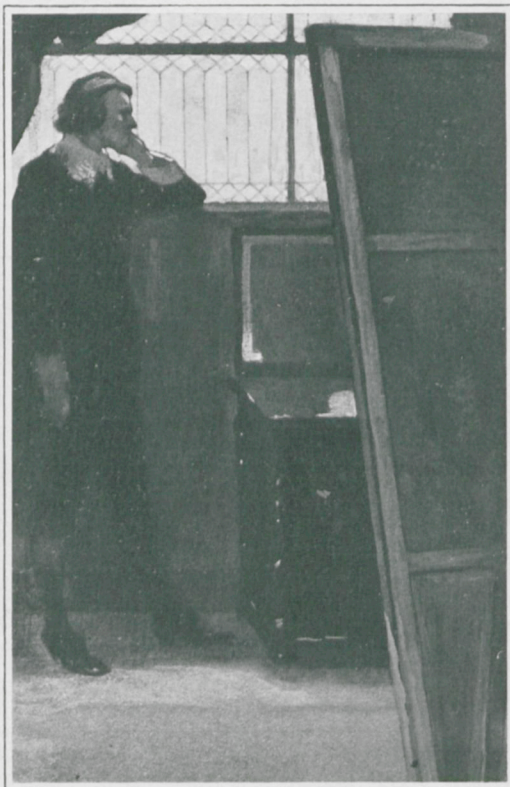
tra, palas y azadones, la máquina de matar hormigas, el tejadillo de la volante, que le sirviera de toldo mientras levantaba su casa. Todo esto mi tío se lo llevó arrastrando, y amontonólo debajo de su tienda de campaña. El diez de agosto, cuando se principia a roturar la tierra, mi padre

mandó echar la manada al corral, que ataran una yunta y que uno de los peones montase para guiar el arado. Mi tío se opuso. «¿Cómo, le preguntó mi padre, tiene ya quien le ayude, por acaso?» «No; pero si acepté su ofrecimiento fué con la inteligencia de trabajar solo. No hay nada mejor que derramar el pensamiento mientras los caballos tiran y uno va viendo el caracol de los gusanillos entre la tierra, negra como el carbón. Un testigo le roba a usted sus imágenes con su estúpida silueta o sus necias observaciones. Ser buena la charla, pero en el fogón y después de la faena. ¿No tiene caballos de pecho?» «No hay más que dos en la estancia». «Pues, préstelos». «No hay inconveniente. Muchachos, agarren el zaino baldero y el zaino de arar. Pero le recomendaré una cosa». «¿Cuál?» «Esos mancarrones son muy tiradores y resistentes, pero algo lerdos y no les gusta que los apuren. Si anda usted despacio podrá labrarse una manzana en cuatro días; si los apura, le van a romper a coces el arado y tal vez el zaino de arar, este crinudo, le agarre a usted a mordiscos y manotadas. Ande con cuidado». Bawdry unció ambas bestias en el arado, que había quedado con los demás arcos debajo del corredor; púsole sobre un cuero; sentóse encima y, dejando verde huella en las ajadas hojas del césped, tomó al trote con rumbo a su casa, cuyos cuatro palos, como barco viejo y encallado, se alzaban ocho cuadras allá, encima de las móviles olas de las pajas. Con la ceniza de la cocina (que dada la gran cantidad de tierra que tiene la leña de oveja, formaba un buen montoncito diariamente) y la basura, habíamos hecho algo así como un descubridero, con ayuda del cual se podía dominar el campo hasta una legua en contorno y divisar sus pormenores. Subimos a esa atalaya y le vimos llegar y medir su terreno con una melga anchísima y luego principiar sus surcos, titubeando sobre sus tabas, asido a la mansera el

pequeñito y lapizado busto y encorvándose y tropezando sobre sus remos la opaca yunta. El inglés era tan lunático y porfiado como el zaino de arar. Ya había manifestado esa mañana, al uñir, que deseaba pasar sus tres rejas, desbrozar, pasar la rastra y sembrar en seguida, para tener el maíz verdeciendo quince días después de la lluvia que una añeja quebradura y sus callos acababan de anunciarle. Ya sabemos que la tierra húmeda dificulta el paso del labriego y remata las yuntas. Vimosle arar y hostigar sus caballos, de modo que al cabo de siete u ocho melgas el crinudo empezó a dar coces y su compañero a empacarse. El abandonó la mansera, les tomó de la rienda y, con un caracú que pudo hallar a mano, dábales tales golpes en la cabeza que levantaban sus ecos en los rincones de nuestra casa. Al fin descendimos del mirador porque nos llamaban a comer. Estaba envolviendo mi madre un pedazo de asado y otras menudencias para el agricultor, cuando vimos al zaino baldero que, lleno de sudor y de sangre, jadeante y espantado, se detenía en el patio, dirigiendo las orejas hacia sus patas traseras y con el dental del arado a la rastra. Le sujetamos, y corrimos a la atalaya... El zaino de arar, de pie, como un hombre, alzaba a mi tío con los dientes y le campaneaba en el aire... Corrimos desolados... Ya estaba muerto, arrancado un pedazo del costillar, deshecha una paleta y derramados por el suelo el corazón, los bofes y las entrañas. ¿Ve usted el esqueleto del zaino, terso como el marfil? Su carne se la comieron los chimangos. La del inglés habrá durado un poco más entre la tierra; pero sus huesos, aunque estén tan mondos, yo apuesto todo mi porvenir contra esta cáscara de sandía, a que están menes blancos.



DIBUJO DE PELÁEZ.



El secreto de Huberto van der Weyden Por Fernán Félix de Amor

No había en toda Flandes, allá por los últimos años de su dorado siglo XIII, hombre más virtuoso y sabio que el viejo pintor Hennequin de Brujes. Su palabra era la más oída y respetada que se alzaba en la benemérita «Gilde de Saint Luc», lo mismo al extenderse en sutiles observaciones sobre la verdad de un nuevo procedimiento artístico, que al tratar de resolver algún grave problema de fe o de virtud. Hennequin era siempre justo e imparcial. Por eso su vasto y laborioso atelier del «Quai du Miroir», atraía como un foco luminoso a lo más noble y bueno de la juventud entusiasta que florecía por entonces en las márgenes del Zwin; aquella juventud que inclinaba su espíritu inquieto, ávidamente sobre el misterio de la luz tratando de sorprender en ella el definitivo ritmo de la belleza. Porque el viejo Hennequin, todo bondad y dulzura, tenía para cada uno la palabra justa, esa palabra única que germina en el alma y se abre luego como una flor.

Verdaderamente aquel «muelle del espejo», sobre el que se abrían los amplios ventanales del atelier, era el espejo de la sabiduría.

Aquella tarde de otoño en el gran salón blanco, cuyo meditativo silencio interrumpían tan sólo alternados el roce nervioso de los pinceles sobre las tablas y el tic tac del enorme reloj flamenco, que iba desmenuzando las horas preciosas, la labor había sido más intensa que nunca. Las juveniles cabezas entremezclaban sus hermosas visiones, con la unción de un rito religioso. Es que la gran obra común de muchos días y de muchos desvelos, el retablo, iba a ser terminada; y el ardiente amor de la belleza embriagaba como un vino generoso el corazón de aquellos líricos obreros. El viejo maestro, su pipa de barro entre los dientes y una llamita de sueño en los ojos, iba paterno de uno a otro discípulo, exigiendo aquí una transparencia, allí una claridad o una sombra. Decididamente estaba contento. El retablo era una verdadera obra de arte, a su manera, mística y dulce como las letanías de las beguinas en el atardecer, allá en la capillita gris del jardín sagrado y humilde. Hennequin de Brujes sonreía, sonreía... Un gran cariño inundaba su alma buena, un gran cariño por aquellos muchachos rubios y entusiastas, fieles intérpretes de su sueño y de su palabra.

De pronto una pequeña sombra pasó sobre su frente. Acababa de ver que Huberto van der Weyden, aquel que secretamente prefería entre todos, por la fineza de su espíritu y el ardor de su anhelo, abandonaba la exquisita labor de la túnica de la virgen a que estaba entregado, y con un gesto de desaliento iba a acodarse, la frente

apoyada en los cristales, junto al ventanal melancólico. El buen maestro se levantó del arrellenado sillón gótico, desde donde contemplaba en ese instante el místico retablo, ya algo desvanecido en la hora crepuscular, y con un suspiro se aproximó a Huberto. Tocándole ligeramente en el hombro díjole con su habitual dulzura:

—¿Puedo preguntarte, hijo mío, la causa de tu melancolía?

—No la tengo, maestro...

—No trates de engañarme, Huberto; ¿desconfías acaso de tu padre? Hace días que te veo taciturno y triste, ajeno a tu labor, lejos, muy lejos de mí... ¿Por qué hijo mío?

—Maestro, por la primera vez en mi vida, tendré un secreto para usted; pero no ha de durar mucho tiempo. Cuando la luz se haga en mí, le pediré de juzgarla según su imparcial criterio. Pero por ahora no acertaría a explicarle nada; es tan extraña e imprevista la revelación que atormenta mi espíritu, que yo mismo no la comprendo. Soy como un oído en la noche, un oído...

—Hijo mío, me tranquilizas; yo daba otra causa a tus preocupaciones. Esa revelación que te atormenta viene de Dios. En el arte, la inquietud es sagrada. Medita, Huberto, y en secreto, madura tu sueño; pero cuando llegue la luz de que me hablas, acuérdate del viejo Hennequin de Brujes, que tendrá todavía buenos ojos para verla, según su verdad.

Con las últimas palabras del maestro, la melodía del carillón lejano deshojó su margarita de bronce en los dinteles de la noche eminente. Las juveniles cabezas se agitaron junto al dorado retablo, como sacudiendo la sombra que las envolvía en su velo.

—Hijos míos, — dijo Hennequin, — demos gracias a Nuestro Señor por esta buena jornada. — Y al arrodillarse con sus discípulos junto al último rayo de sol, la oración brotó unánime, con la espontaneidad de una fuente en el suave atardecer.

Poco después quebrantaban el silencio del muelle desierto sonoros pasos y alegres voces frescas, mientras que en más de una obscura fachada se entreabría discretamente el postigo para dejar caer como una rosa de seda la sonrisa del idilio. Van der Weyden, separándose de sus compañeros, tomó el camino de su casa. El no vivía como todos ellos en las pequeñas callejuelas tortuosas, que formaban laberinto alrededor del torreón municipal, sino allá, en la región de los molinos junto a la campaña ruda y serena, en una casita blanca de desmesuradas ventanas. Siempre habían gustado del aire y de la luz, con su mujercita, aquella fina y rubia Godelieve, en quien se cumplía milagrosamente el dualismo de la rosa y el lirio-carne y espíritu, pasión y sueño. Van der Weyden apresuraba instintivamente el paso, pensando en ella, mientras subía del corazón un delicioso sobresalto de gratitud y de ternura. Es que Godelieve no era tan sólo para él, el perpetuo amor de todos, los momentos, sino también el espejo de su alma, la revelación de su verdad.

Cuántas veces al contemplarla en la serenidad tibia del atelier perfumado con su presencia, mientras iba y venía disponiendo flores con esa gracia perfecta que diviniza todas sus actitudes, gracia que suscitaba en su espíritu emociones extrañas y profundas, no había pensado en encontrarse ante el antiguo prodigio de una encarnación sagrada. ¿No era acaso Godelieve, quien le reconociera con la vida, cuando enfermo de misticismo sacrificaba estérilmente su juventud en meditaciones tenebrosas? Ella le había demostrado, con dulces razones, que se podía amar y vivir plenamente sin ofender a Dios, y por su hermosa humanidad atrajo el arte suyo, desde las abstractas regiones hieráticas en que se ahogaba, a la inmediata vida diaria, para fijarle en la alegría y el sufrimiento de los hombres que le rodeaban. Así, poco a poco, la verdad se hizo en él, y un concepto más real y generoso pugnaba por precisarse en su alma. Ya las figuras de los santos que todavía pintaba por tradición y costumbre, habían perdido su rigidez y severidad sacramental, para adoptar bajo su pincel sensitivo la expresión de sus compañeros o de sus vecinos; y en más de una virgen liliál y cariñosa, un observador sagaz, hubiera reconocido con asombro la sonrisa fragante de Godelieve.

Fué con paso ligero y corazón contento, que Huberto van der Weyden traspuso los umbrales de su casa, abandonando como una pesada capa en el vestíbulo, las preocupaciones que embargaban momentos antes su espíritu. Subió inmediatamente al estudio, donde Godelieve debía estar sin duda en su espera entreteniéndose en tejer con manos hábiles alguna de aquellas maravillosas puntillas de Brujes, que sólo las arañas imitaran; pero no encontrándola, con aquella religiosidad que ponía siempre al hacerlo, se dirigió a la alcoba, abrió dulcemente la puerta y se detuvo en impre-

visto éxtasis. Sobre el fondo dorado de la tarde, surgiendo de las sedosas vestiduras negras que se envolvían a sus pies, como un maravilloso lirio vivo, aparecía Godelieve, espléndidamente desnuda, suelta la cabellera, erguido el busto, como debieron ver otrora las áticas pupilas a la Anadiomena inmortal.

Fué sólo un segundo, advirtiendo a Huberto, Godelieve recogió prestamente sus vestiduras sobre el pudor de su cuerpo. Pero ese segundo fué para van der Weyde mucho más que los años y que los siglos. Todo el poema de la humanidad, eterno e infinito, cantó el divino canto por aquel cuerpo magnífico desnudo en la tarde dorada... ¡Revelación! Fué el grito que se escapó de los labios trémulos del artista, mientras corriendo hacia Godelieve la levantaba entre sus brazos fuertes, arriba, más arriba, en un estallido ineludible de alegría y de juventud; ¡Revelación!

Varios meses después de esta escena, una inicial mañana de primavera, un grupo bullicioso y alegre se dirigía a la casita de Huberto van der Weyden, más blanca que nunca sobre la verdura nueva de los campos, entre todos aquellos jóvenes animosos que reían y cantaban bajo el sol, a manera de colegiales en vacaciones, marchaba un anciano de hermoso continente y ágil apostura, por más que la nieve de su barba lengua delatara el nido de muchos inviernos. Brillaba en sus ojos la llamita vigilante del sueño, jugaba en sus labios la sonrisa perenne e imperceptible de la bondad y la confianza. Era el viejo maestro Hennequin de Brujes que con todo su atelier acudía a la invitación de su discípulo predilecto, que iba a descubrirle por fin su secreto, aquel hondo secreto que había durado todo el invierno.

Fué el mismo van der Weyden que salió a recibirles afable y cordial como siempre, pero grave sin embargo, como alguien que atraviesa una hora decisiva.

Pasaron inmediatamente al estudio. Las ventanas de par en par abiertas, desparramaban el sol y la alegría por la estancia clara y digna. Sobre la mesa pulcra la espontaneidad perfumada e infantil de un enorme ramo de margaritas.

Las paredes desnudas fingían páginas en blanco, para que escribieran en ellas las manos febriles de los sueños. Sólo allá en el fondo, sobre un caballete de roble, destacábase algo impreciso, que escondía un gran lienzo azul, simbólicamente azul, como lejanía, como cielo...

Era el secreto de Huberto van der Weyden.

Con grave gesto sacerdotal, allegóse al misterioso lienzo el joven artista, y ante la mirada inquisidora del grupo amigo, descorrióle de un golpe.

Levantada sobre el hondo silencio de la contemplación, como sobre una columna gloriosa, surgiendo de las sedosas vestiduras negras que se envolvían a sus pies, espléndidamente desnuda, suelta la cabellera, erguido el busto, como debieron ver otrora las áticas pupilas a la Anadiomena inmortal, apareció entonces la imagen suave de Godelieve, tal como en aquella tarde dorada del pasado otoño se revelara, carne y espíritu, al visionario amor de Huberto van der Weyden.

Un estremecimiento de verdad, hizo vibrar como una lira multicolor el alma sensitiva de los artistas medioevales. Para ellos, era el primer desnudo. La juventud, la inmarcesible juventud helénica, desbordó por virtud de su encanto, triunfalmente en la pieza primaveral. Y así, con los ojos húmedos por el sublime llanto, prorrumpieron todos en espontáneo y unánime grito juvenil:

—¡Bravo, Huberto, bravo!

Fué un grito verdadero, sin envidia, sin ironía, como debía proferirlo el corazón de aquellos hombres rectos y buenos. En cuanto al viejo y comprensivo maestro, rejuvenecido al parecer por la intensa emoción, estrechó fuertemente en sus brazos a van der Weyden, pálido y glorioso como un lirio, y besándole en la frente, exclamó:

—¡Huberto, eres un hombre! Has realizado el sueño de mi vida. Lo que tu has hecho admirablemente, fué aquello que, deseando con toda mi alma, no me he animado a hacer en treinta años de trabajo. Hay que ser joven, ¡diablo!, para ser audaz.

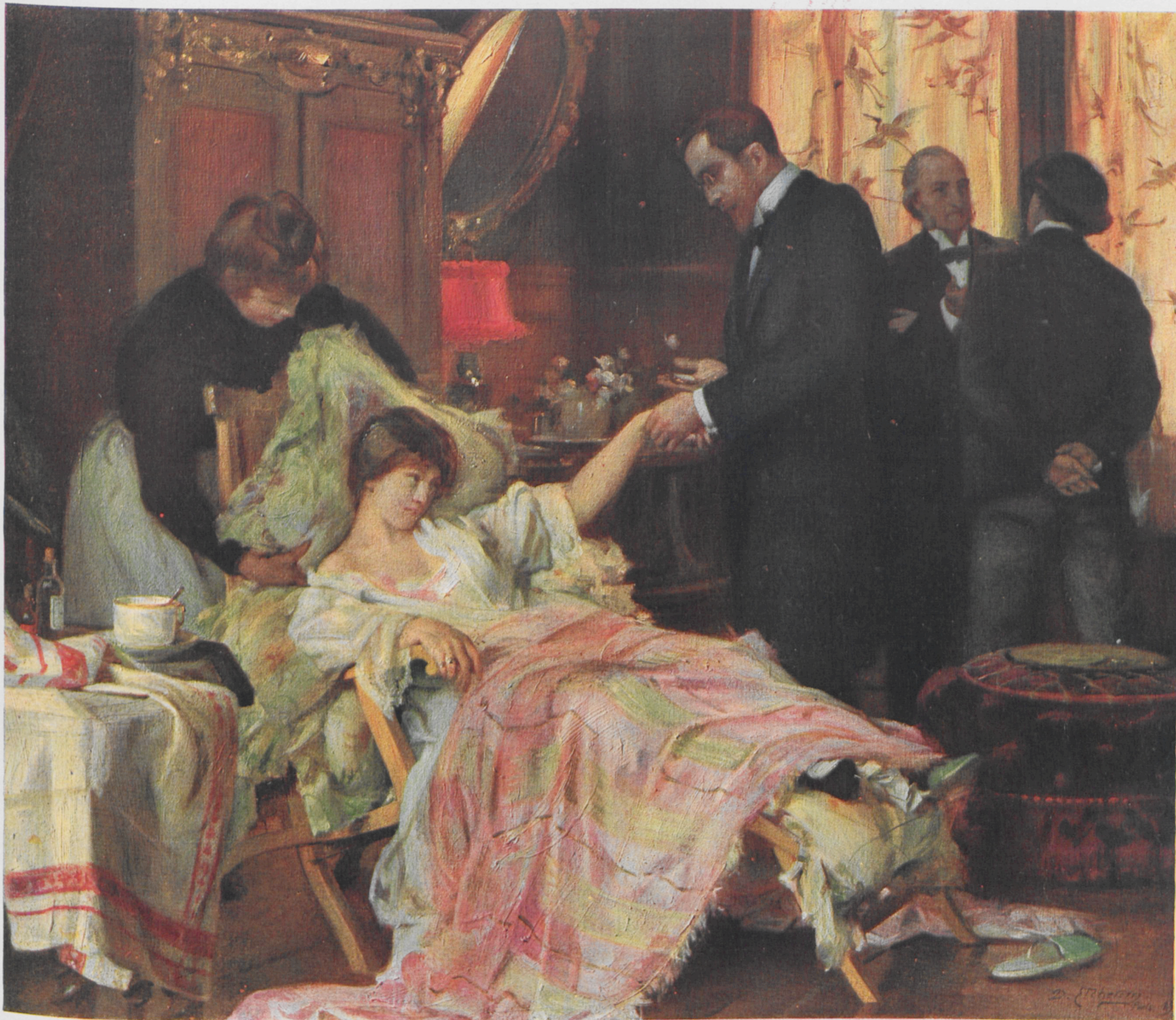
Luego, volviéndose hacia sus discípulos que le rodeaban en cariñoso silencio, les dijo, mostrando al predilecto:

—¡Hijos míos, he aquí, desde hoy en adelante, vuestro maestro y el mío!...

Desde el fondo de su marco dorado, Godelieve sonreía a la eternidad.

DIBUJO DE CENTURIÓN.





DE LA COLECCIÓN DEL DOCTOR JOSÉ R. SEMPRÚN.

LA CONSULTA
ÓLEO DE ETCHEVERRY.



FIRMAS AJENAS

Polilla

POR
PIERRE
LOTI

En mi casa — que es como un rincón del antiguo Oriente — en una tarde apagada de primavera, una tenue claridad crepuscular se desliza, triste y opaca, por entre los pesados cortinajes y traza en el aire oscuro una larga raya luminosa.

De los pliegues de una tapicería mural de terciopelo rojo, bordada de arcaicos dibujos en oro, se escapa algo infinitamente pequeño, como atraído hacia esta estela moribunda del día, y una vez en ella, se entrega a un loco revoloteo: es una pequeñísima mariposa gris, apenas visible, un átomo alado, que acaba, sin duda, de abrirse a la pálida primavera de este año.

En mi ausencia, mientras recorría los mares de la China, algún odioso gusanillo había estado royendo el precioso terciopelo en la continua obscuridad y en el silencio continuo de la alcoba, y hoy, una vida toda nueva embriagaba a ese átomo, que este pequeño espacio le parecía grande y que esta penumbra le parecía luz. Era su hora de juventud y su hora de exuberancia y su hora de amor, y el fin y coronamiento de toda su mísera existencia de larva... Rápida, muy rápidamente, en el delirio de existir, agitaba sus alitas de sedoso polvo, para describir alegres y caprichosas curvas...

Al pasar la derribé de un papirotazo irreflexivo. Y, en el suelo, sobre el rojo púrpura de la alfombra oriental, distinguí, de nuevo, su diminuto cuerpo yacente, sacudido por el temblor del fin, y, por piedad, para hundir sin mayor sufrimiento, esta nada en la Nada, apoyé mi pie sobre su microscópica agonía...

Después, permanecí un rato pensativo... ¿Qué me recordaba todo esto? Algo muy semejante, una especie de agitación, un mariposeo gris parecido, que me causó otra vez y en otro lugar una melancolía pasajera, pero más viva... ¿Dónde fué?

¡Ah! Sí... En Constantinopla, una tarde, sobre el puente de madera que une Estambul a Pera... Pasaba yo a la caída de una tarde de primavera, brumosa como la de hoy. Todos los mendigos que frecuentan este lugar estaban en sus puestos; sus figuras ya familiares para mí se alineaban a lo largo de la barandilla: ciegos, lisiados, idiotas roídos por llagas. Entre otros, un miserable niño de cuatro a cinco años, de manos atrofiadas, de ojos enfermos, inmóvil, en su mismo sitio al borde de la vereda, hundido entre harapos, apático y lento como una larva. Y, detrás de él, su madre acurrucada, exhibiendo sus dos piernas cortadas por las rodillas.

Las personas pasaban, atareadas o desocupadas, gente de a caballo, carruajes, hombres con fez rojo, veladas bellezas de los harenes. Y, detrás de esta multitud, Estambul levantaba magnífica-

mente sus cúpulas en el triste cielo crepuscular.

Con voz suave, la madre llamó a su hijo diciéndole: «Ven a ponerte el abrigo, Mahmud. Ven, que ya el viento frío empieza a soplar.»

El niño se levantó dócilmente y fué hacia ella. Su abrigo era un pequeño albornoz de forma oriental con capucha, viejo y sórdido, de un color grisáceo a rayas indefinibles. La madre le tendía el harapo y él extendía sus débiles brazos que terminaban en manos tullidas. Pero, de pronto, antes que la segunda manga hubiera pasado, el niño en un súbito y travieso esfuerzo, huyó y se puso a correr, a correr describiendo locamente círculos delante de la gente que pasaba, entreteniéndose en agitar, como alas, al viento frío que se levantaba, las mangas de su albornoz.

Algo de la fugitiva y eterna juventud, algo de esa niñez juguetona del comienzo de la vida, común a los hombres y a las bestias, acababa, por casualidad, de despertarse en él.

Y yo, que siempre lo había visto inerte, lo miraba, asombrado, y no sé qué impresión de infinita tristeza se desprendía para mí de su pobre y mísera alegría, de su atolondrada carrera, del ma-

riposeo de su albornoz al viento que soplaba y a la luz que se moría.

La pobre madre sin piernas se inquietaba por temor a los caballos y los coches, lo llamaba, se enfadaba, ensayando de arrastrarse hacia él para alcanzarlo. Pero él revoloteaba siempre alrededor de los grupos indiferentes que pasaban; revoloteaba locamente, semejante a las falenas de la tarde...

Volvió, sin embargo, a apelotonarse en su sitio de miseria; tomó, otra vez, su aspecto hundido y no se movió ya más. Todo aquello había terminado bruscamente, como empezó.

Algo más cruel que el golpe dado a la polilla acababa de tumbar a este pequeño que ya piensa: la inquietud del albergue y de la sopa de la noche, y la conciencia de ser tan miserable, tan indiferente de los otros, y tener las manos muertas y ser un paria...

Y, ahora, la cabeza baja, miraba al suelo con una impresión solapada y mala, en un aleteo constante de sus párpados enfermos.

DIBUJO DE ÁLVAREZ.





El poeta Arturo Capdevila

Sólo la amable insistencia de PLVS VLTRA y la admiración que siento por Capdevila, han podido determinarme a escribir este artículo, en el que diré sencillamente mis impresiones sobre el joven gran poeta; — por cierto, que sin pretensiones de crítico que todo lo desdén, y que me trae a la memoria el «Capricho» de Goya, donde aparece un hombre que con gesto despectivo se aparta de la obra ajena, mientras agita sus grandes orejas de asno...

Amo a los poetas; y fueron mis buenos amigos: Hugo de Achaval, sereno y armonioso como un heleno antiguo; Herrera y Reissig, el poeta rubio de grandes ojos azules, espíritu luminoso a quien la muerte sorprendió en su bohordilla de la calle Ituzaingó, de Montevideo, que él llamaba irónicamente «La torre de los panoramas»; y Evaristo Carriego, el cantor del suburbio, que unas veces me recitaba «La silla que ahora nadie ocupa», transmitiéndome un sentimiento sutil y profundo, y otras me hablaba, — sus ojos negros parecían entonces dos carbones encendidos, — de la leyenda napoleónica, con una elocuencia desconocida y misteriosa.

Amo a los poetas y los busco, no sólo por delectación espiritual sino porque creo en su noble misión nacionalista. Ellos son maestros de idealismo, y los únicos capaces de detener en el camino a los «mercaderes toledanos» para hacerles confesar — ¡cosa inaudita! — que no hay mujer más hermosa en el mundo que la Dulcinea del Toboso! Nuestro pueblo, demasiado cosmopolita, ha menester de vida espiritual y por eso he aplaudido

con entusiasmo el «Solar de la raza», hermoso libro de Gálvez, que ocupándose de cosas españolas es profundamente argentino, ya que propaga la espiritualidad en tierra nuestra, aun hablándonos de la desolación castellana, de sus llanuras uniformes, monótonas, de su tierra reseca, todo lo que yo quiero entrañablemente porque de allí viene la nobleza y la caballería de la raza...

Pero, debo hablar de Capdevila, y comienzo. Le conocí en Córdoba y en plena lucha. El, Deodoro Roca, espíritu selecto y Arturo Orgaz, bravo cachorro de león, combatían contra el fariseísmo y removían el ambiente, de tal manera que la Universidad de Trejo y Sanabria hubo de recibirme en su seno presentado por su propio Rector. Como vemos, el artista es también un luchador. — Pero ocupémonos del artista.

En «Jardines solos», Capdevila no se muestra todavía el gran poeta. Son hermosas, sin embargo, sus poesías sencillas, sinceras, plásticas de emoción. En sus romances y trovas, a veces, hay una nota de dolor que después ha de intensificarse.

En «Melpómene» hay una gran congoja, un dolor intenso que el poeta logra transmitir. Su técnica es sorprendente; su verso aparece cincelado sin afectación y con gallardía, y resultan casi perfectos los pareados alejandrinos que el poeta maneja como nadie.

En este libro de una intensidad y de una fuerza desconocida en nuestros jóvenes poetas,

«la musa de la tragedia, viene...
...desencajado el gesto,
frías las manos, frías como de mármol; frías
como de muerto...»

Se experimenta un estremecimiento raro al paso de «la sacerdotisa de todos los que gimen». El poeta sufre y cuando su pena es más honda cantan las campanas del Sábado de Gloria. Lloro, pero como un hombre. Su llanto es viril; su verso resulta fuerte y su dolor, fuente inagotable de belleza.

«Deja que lllore, deja correr mi amargo llanto...
«Unos tenemos llanto, como otros tienen oro.»

Por instantes, parece que el pesimismo va a envenenar su alma:

«Somos un río negro, rodando hacia el abismo...
«Que nunca sea fuego, quien tiembla de ser humo!»

Pero el pesimismo de Capdevila es subjetivo y transitorio; es sólo el reflejo del estado de su espíritu: llora a sus padres muertos.

El pesimismo no lo abate y podría decir con Guyau: «Como el árbol, aun en pie, se alza intrépido, elevado hacia el azul por un impulso eterno, así, yo he continuado contemplando el cielo, aun creyéndole vacío.» (Versos de un filósofo).

En la composición «Santificado sea», página muy bella y trágicamente dolorosa, encuentra su consuelo el poeta. Viene un personaje que el artista nos trae de su incursión en la Teosofía, y le dice:

«La vida es infinita y eterna. Tú eres viejo como Dios. Mira hondo. Tú mismo eres tu espejo. Tú eres copa de siglos; vaso de siglos; urna de siglos. ¡Ilumina tu soledad nocturna! Mil veces has venido de viaje por la tierra. Piénsalo bien ¡que en esto tu realidad se encierra! Mil veces fuiste el hijo del padre por quien lloras. No sufras más, y espera la vuelta de las horas.»

Estamos en pleno budhismo esotérico. Ya en una composición en prosa titulada «La paradoja del amor» (Revista «Nosotros», número 61, año VIII), al hablar del idilio de los enamorados interrumpido por la muerte, se refiere Capdevila al desdoblamiento del hombre en dos substancias diferentes, una el fantasma, cuerpo sutil, sombra vaporosa, otra, el alma, chispa divina, luz plena, que es toda entera de la «infinita eternidad». El cuerpo sutil sería en la nomenclatura sanskrita, el Linga Sharira que se desprende de la triada superior formada por Atma, Buddhi y Manas.

Nuestros artistas han ido frecuentemente a la teosofía y a ella le deben la producción de muchas cosas bellas. Así el talento extraordinario de Leopoldo Lugones nos dió «Fuerzas Extrañas». Ricardo Rojas, pensador y poeta, escribió en «La Nación» una página de noble nacionalismo, en la que decía que la «piedra sagrada» de la ciudad pampeana, — hoy muerta, — no producía el efecto de una masa de equilibrio por razón de la gravedad, sino que inquietaba más bien como si fuera la evidencia de una fuerza terrestre desconocida. Y nos hablaba del aspecto esotérico del fenómeno

citando a Mme. Blavatsky. Octavio Pinto se inspiró también en la teosofía cuando produjo aquella tela llena de misterio, «El numen tutelar de Ongay», que pude admirar con Capdevila, en Córdoba, en una sala de la casa del autor donde se veían los jardines y los patios coloniales que han hecho ya famoso al joven pintor.

El poeta de Melpómene, después de llegar a lo más álgido de su nota trágica, encuentra el consuelo en la Teosofía.

«Cuando el chela está preparado, llega el gurú», dice un proverbio esotérico que Capdevila cita en su libro. El que viene a consolarlo es uno de los iniciados que ha llegado al final del sendero y pasado más allá de la tristeza, que «se ha desprendido de todas sus cadenas, cuyo Karma está exhausto». En una palabra, es el portador de la serenidad absoluta que mata la pasión y con la pasión la belleza, ya que es incapaz de amar y de sufrir. Alguien dijo que la alegría está en el sufrimiento, como la esencia en la herida del sándalo generoso.

«¡Cuán miserable sería en mi lugar, un Dios! — exclama en un rapto de amor el héroe de un poeta inglés, citado por Anatole France en su «Jardín de Epicuro», — Un Dios, amada mía, no podría sufrir, no podría morir por tí!»

Confieso que hubiera preferido ver al poeta de «Santificado sea», cantando su desesperación hasta el final, sin dejar intervenir en su dolor a Gurús, Arhats o Mahatmas por más que ellos «poblaran de estrellas su oscuridad vacía.»

En el «Poema de Nenufar», Capdevila tiene una serenidad encantadora. El viento de tragedia de Melpómene ha pasado. A penas queda un poco de suave melancolía. El verso es suelto, flexible. Así lo quiere el noble e inspirado poeta, gran lírico Enrique Banch, cuando dice:

«No trabajes el verso
con amor prolongado,
sea como paloma
que se va de la mano.»

El misterio del paisaje nunca lo he sentido más hondo que leyendo aquellos cuatro versos de Capdevila, que ilustró magistralmente Octavio Pinto, en el «Poema de Nenufar»:

«La luz se iba volviendo más vaga, más incierta,
más íntimas las flores, la tarde más desierta,
más penetrante y hondo el olor campesino,
más fantástica y triste la curva del camino.»

Pero observo que este artículo va resultando demasiado largo, lo que sólo sería tolerable en un crítico entendido.

Lo siento, porque hubiera deseado hablar de los libros en prosa de Capdevila: de «Dharma», en que estudia las religiones y el derecho antiguos y con algunas de cuyas conclusiones disiento, como tuve ocasión de expresarlo en mi conferencia de la Universidad de Córdoba; de «La Salamita», traducida al italiano por Folco Testena, artista generoso que ama la joven literatura argentina, libro que no es trabajo de exégesis, — que ya vendrá, según nos lo ha anunciado el poeta, — sino una bellísima página literaria que desgraciadamente no fué escrita en verso; y por último de la «Dulce patria», donde aparece un discurso de Capdevila pronunciado en el Congreso Estudiantil de Ithaca, que debiera ser leído por los jóvenes porque encierra una lección de energía y patriotismo.

Termino: En Capdevila no sólo hay belleza verbal y comprensión de la naturaleza y los sentimientos. Con Guyau puede afirmar:

«Me siento lleno de amor por todo lo que veo,
El arte es la ternura.»

Ama y comunica a los demás su amor; y el sentimiento de la solidaridad es el principio de la emoción estética, según Fouille.

ALFREDO L. PALACIOS.

Buenos Aires, abril 10 de 1917.



CARTA de OTOÑO

Querida amiga: Elegantemente abrigada, incomprensiblemente sola, recorro por la tarde los senderos del bosque. Otoño sacrifica hojas en mi holocausto, el bosque trasciende a perfume costoso, el cielo es de armiño o de chinchilla o de ambas pieles al mismo tiempo. De vez en cuando, un sol de pocos quilates ilumina aquella tienda donde los troncos y el follaje lucen los colores de moda. El lago parece un escaparate, y hasta mi auto, que me aguarda junto a la vereda, afirma este símil.

Indolentemente aburrida, paseo todas las tardes por los senderos del bosque. El tedio es antropocéntrico. Centro movable de la tierra, del cosmos y del bosque es mi persona. Camino lenta, majestuosamente, cual si yo misma, ídolo y sacerdotisa, me llevase en procesión. Y, sin embargo, soy, en esos momentos, una iconoclasta, una librepensadora de mí misma.

Los hombres, las mujeres, las parejas y los grupos que también recorren estos senderos, creerán que aguardo... Ningún signo exterior pregona mis altas dotes intelectuales; todo el mundo creará menos en mi filosofía que en mi «filantropía», porque nadie ha dicho que bajo un elegante capotón o tapado se esconde a veces un buen bebedor de metafísica.

Voy a demostrarte lo contrario, amiga.

Yo paseo y pienso. El tema de mis actuales y honestísimas correrías por el bosque es el evangelio de San Juan, capítulo octavo. ¿Qué te parece?

San Juan Evangelista me resulta el mejor de los cuatro, el más profundo, y ese capítulo octavo, un monumento de sabiduría poética.

Cuenta en tal pasaje que Jesús, muy de mañana, «volvió al templo, y vino a Él todo el pueblo, y sentado les enseñaba. Y los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en... en... ya supondrás que se trata de aquella esposa, víctima de la carencia de una ley sobre el divorcio.

Y Moisés nos mandó en la ley — añade el escriba o el fariseo que estaba en el uso de la palabra — apedrear a éstas. ¿Pues tú qué dices?

Entonces, Jesús inventó una sublime parábola sin palabras. *Inclinándose hacia abajo, escribía con el dedo en la tierra.*

¡Escribía con el dedo en la tierra! ¿comprendes? Escribía, como los enamorados, palabras de amor sobre la arena que el aire iguala luego.

Trazaba en los campos del olvido surcos inconstantes donde no germina la semilla de la justicia.

Aquel bendito índice que curó llagas, que intimó a Lázaro la perentoria orden de resurrección, aquel piadoso índice de aquella gloriosa mano, trazaba irónica y bondadosamente la escritura del amor, de la paz, de la clemencia.

Sermones en desierto, escritura en la move-diza costra del globo, eso viene a ser la labor del Divino Moralista. Nos conocía.

Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó y les dijo: *El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero.*

Y sin mirar a sus tentadores, Jesús volvió a insistir en la lección gráfica, pues *inclinándose de nuevo continuaba escribiendo en tierra.*

Desde entonces cuántas veces han repetido los literatos y los moralistas las sublimes palabras del Nazareno, aplicándolas únicamente a los pecados conjugales. Yo voy a extenderlas a todos.

En ninguno de los innumerables delitos de adulteración se puede ser el primero en tirar la piedra. Todos vivimos falsificando, adulterando la naturaleza, sin que el universo sea vino o aceite.

Un modisto parisiense, incitado por el ansia de lucro, se exprime el aterciopelado cacumen para



inventar la moda. Su deseo es que las mujeres visiten con elegancia sin aprovechar los trajes de la temporada anterior. Y ese modisto, y otros de la misma clase, consiguen su intento. Somos esclavas de él, esclavas sumisas que, ¡oh paradoja!, se costean la esclavitud haciendo gastos principescos. Figúrate lo que es la vida de una sierva del señor Antoine, tirano caprichoso y loco. ¿Cómo queremos ser libres en tales condiciones?

Desde que la civilización se llama así, las mujeres y los hombres han tratado de romper sus cadenas de sedería, encaje y piel. Aquellas aventuras de los libros de caballerías, aquellos escarceos pastoriles de Versalles, estas partidas de tennis, natación, etc., vienen a ser rebeliones contra el poder dictatorial de los modistos y modistas.

El trabajo, verdadero o fingido, resulta el único remedio contra el hastio y la neurastenia, esos dos primeros ministros de Wold y Paquín.

Tiene el hombre muchas ventajas en este terreno, como en todos. La guerra destrozadora de uniformes y fabricante de andrajos, las aventuras, las andanzas, todo se convierte para él en un ideal. Y ese ideal, aunque se halle muy adulterado, está más cerca de la naturaleza.

La codicia en los brazos de la suerte se lanza al mar; la ira a las espadas y la ambición se ríe de la muerte.

¡Qué envidia tengo a las mujeres que ahora imitan a los hombres, no en llevar sombreritos varoniles ni capotes casi militares, sino en el trabajo

de las balas, de las fábricas, de los hospitales, de la agricultura!...

Quedamos en que si no hubiera piedras, sería preciso inventarlas para arrojarlas a nuestros verdugos.

Después de dichas tan tremebundas cosas, yo, imitando a Jesús, me inclino de nuevo para escribir en tierra verdades que el viento borrará.

¡Que le vamos a hacer!

Al oír la sentencia del Maestro, dice el Evangelista que: *«Ellos, en cuanto esto oyeron, salieron los unos en pos de los otros, y los más ancianos los primeros. Y quedó Jesús solo y la mujer que estaba en pie en el medio.»*

Si; de ese modo obran siempre los que oyen las verdades. Las más ancianas y las menos lindas huirán las primeras, y yo me quedaré sola, garabateando palabras en el bosque con la contera de mi sombrilla.

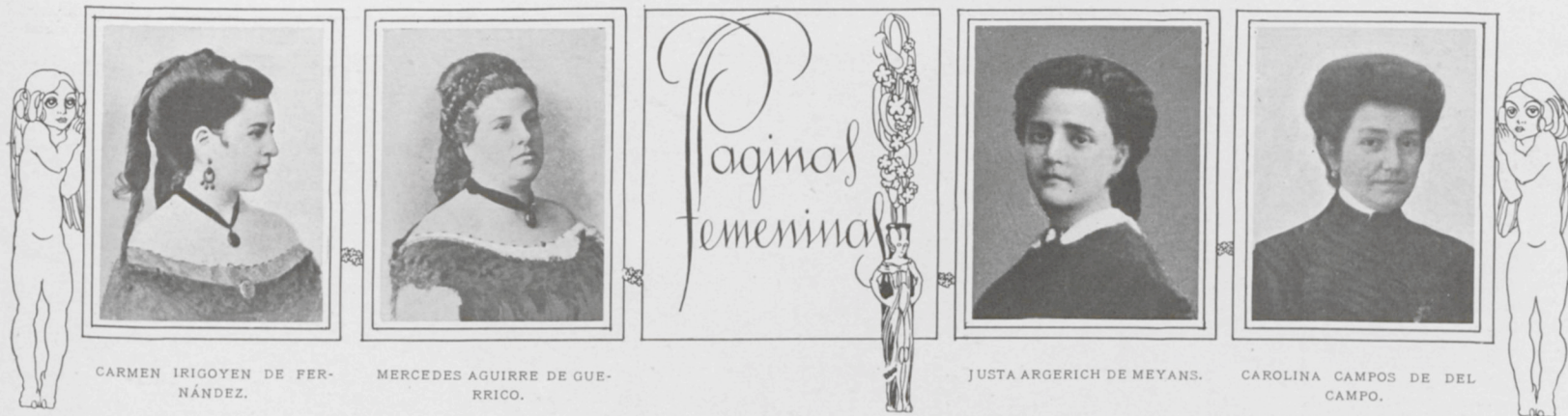
Y pongo punto final a este sermón de otoño, copiando los dos últimos versículos con que San Juan termina la parábola:

Y enderezándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿en dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?

Y dijo ella: Ninguno, Señor.

Y dijo Jesús: Ni yo tampoco — ¡fíjate, amiga! — te condenaré: Vete y no peques ya más.

Es seguro que la anónima e interesante pecadora no reincidiría: lo que quisiera saber es cómo se vistió desde aquella mañana en adelante.



CARMEN IRIGOYEN DE FERNÁNDEZ.

MERCEDES AGUIRRE DE GUERRICO.

JUSTA ARGERICH DE MEYANS.

CAROLINA CAMPOS DE DEL CAMPO.

— ¡Qué pensativa está usted esta noche, madrina!...

Las palabras de mi rubia compañera, vibran en el profundo silencio de mi saloncillo.

Parece que la transparente hojita de papel que contempla usted hace un cuarto de hora, encerrara algún enigma indescifrable...

No lo temas, querida mía; se trata solamente de un consejo más... y los garabatos que se te antojan llenos de misterio, me indican que debo ocuparme, en mi próxima crónica, de la vida mundana de nuestras abuelas, tema que parece interesar a mi incógnita consejera, que no ha sabido precisar sin embargo su gentil indicación; predomina indudablemente, en nuestro espíritu, cierto desdén por los acontecimientos que podamos considerar como recientes...

Pero, ¿es acaso a ellas, a quienes se refiere esta hojita transparente, cuyos caracteres no han sabido precisar claramente su deseo? Recuerdo vagamente haber evocado ya algunas de las más interesantes figuras de la época colonial...

— Está usted en lo cierto, madrina, y sería ya inútil redundancia el *duende* por los salones de doña Mariquita Sánchez, o de los Lamarca... Ya ve que recuerdo mejor que usted las crónicas de antaño... y si quisiera usted escucharme a mí, y dejar el plieguecillo que oprime aún entre sus dedos, hablaría de *sus tiempos*... por más que la vejería esté refida con usted, y con muchas de sus amigas, hay que confesar que pertenecen ustedes a una generación de abuelas... pues a *esas* debe referirse su crónica; cuéntenos como eran las bellezas y los saraos de hace cincuenta años, y nos habrá complacido entonces, a mí y a su incógnita consejera... No hace muchos días, conversaba usted, en este mismo saloncillo, con una de las muchachas de su tiempo, abuela hoy de un delicioso grupo de chichuelas, entre las que se preparan ya dos o tres para hacer su debut mundano en esta temporada...

Mary me hizo recordar, entonces, nuestra charla interminable... gracias a esos momentos de verdadera intimidad, nos es dado revivir con tanto placer como sentimiento las horas más felices de nuestra juventud:

«Y es que en nuestro corazón, hay siempre una vibración que, aún con el placer, nos duele...»

Dice bien el cantar; no hay recuerdo en que no vibre junto al placer la pena...

Aquellas casas solariegas, del antiguo barrio de Santo Domingo... aquel radio de Florida hasta Viamonte, en cuyas residencias nos reuníamos frecuentemente sin las exigencias protocolares del día...

No se había reedificado aún la solariega mansión de don Manuel Ocampo, en la es-

quina de Florida y Viamonte; en ella se recibía frecuentemente a toda la vieja aristocracia porteña, atraída y agasajada por su esposa, doña Clara Lozano, cuyas descendientes, nietas y biznietas, se destacan hoy entre las más interesantes figuras de nuestra sociedad...

Hace cincuenta años, vestíamos como hasta ayer, faldas cortas y ahuecadas, algo más feas que las que nos impusiera la moda en la última estación, puesto que la crinolina exageraba aún nuestras siluetas; algunas, nos atrevíamos a rebelarnos contra la desairada falda, llevando amplio traje de cola; pero éramos las menos; recogíamos muy alto el moño del peinado, pero dejando caer siempre algunos bucles sobre el cuello, y sobre los hombros, cuando debíamos escotarnos. Suntuosas fueron las que se realizaron en casa de don Bernardo de Irigoyen y su esposa: en los magníficos salones de la mansión de la calle Florida, se reunía el círculo más selecto de la época, en el que irradiaba la ideal belleza y el exquisito encanto de Carmencita Irigoyen, casada más tarde con Fernández...

Mantiene hoy la tradición de aquel hogar patricio, doña Elena Irigoyen de Velar, y en su residencia de la calle Cerrito han de sucederse las recepciones iniciadas el año pasado, y juzgadas por uno de nuestros más exigentes *snoobs* como las más reüssies de la temporada...

Y a propósito de esa magnificencia y corrección hasta en el más mínimo detalle, no puedo menos de recordar el gran baile ofrecido por don Anacarsis Lanús, en la antigua casa de las calles de Bolívar y Venezuela... aquel baile hizo época, puesto que no existían aún los jardines de invierno, tan comunes hoy, en las residencias de lujo; sin embargo, en todas las galerías altas de la casa se habían improvisado arriates, con una maravillosa profusión de violetas y plantas tropicales...

En los bailes ofrecidos en la amplia casa de la calle Florida, por don Gustavo Napp y

su esposa, — Misia Emma, como la llamaban con tanto cariño la sociedad porteña, — pude valorar, hace la friolera de medio siglo, los artísticos muebles de Boule, el suntuoso comedor, cuya mesa lucía las más delicadas piezas de Sévres, y la frágil cristalería de Bohemia, que habrías admirado tú más de una vez en la vitrina del comedor de Loreley... La casa de doña Constanza Ramos Mexía de Bunge, dama inteligente y cultísima, rodeada siempre por el círculo más selecto de nuestra sociedad; ese espíritu excepcional, de la matrona porteña, vive aún en las nietas, que han sabido heredar su don de gentes y su encanto proverbial...

Y qué decir de las figuras que se destacaron en mis tiempos, con todos los prestigios

de la hermosura, del abolengo, de la elegancia... La morena y excepcional belleza de Melchora Beláustegui, casada luego con Ocampo; la desventurada y hermosísima Felicitas Guerrero; María Somellera de Correa Morales, con su serena expresión de Madonnen; la bella, que perdura hoy en los delicados rasgos de su hija, la señora de Saguier; Alcira y Lola Arana, señoras más tarde, de Llambí y de Demaria; Guillermo Pinedo, radiante de her-

mosura y de gracia seductora; María Elía, viva encarnación de la más serena y pura belleza... Pepita Fernández, Matilde Stegmann, preciosas ambas, y cortejadísimas; Rafaela Cazón, y Carmen Pinedo, elegantísimas figuras, rodeadas siempre de un círculo de admiradores; la rubia belleza de Justa Argerich de Meyans, cuyos ojos verdes debieron inspirar más de un madrigal; porque fué tan linda como su hermana mayor, Silvia Argerich, célebre en su época por su clásica belleza; la profunda y serena irradiación, de la mirada de ambas, vive aún en los claros ojos de la señora Julieta Meyans de Pueyrredón, María Vivot de Moreno, tan idealmente linda, como su hija, la joven señora de Alzaga... y haciendo contraste a sus dorados cabellos, y clara mirada, la pálida y morena belleza de su

cuñada, María Moreno de Terrero... Isolina Monnet de Landívar, Magdalena Ramos Mexía, con su gracia insinuante e irresistible; Manuela Leal, cuyo ingenio vivaz perdura aún en su chispeante conversación; las de Arrotea, la interesantísima y pálida belleza de Rosa Chás, casada luego con Martínez...

Ellas, y tantas otras, fueron las figuras que llenaron de vida y de interés aquella época que me parecía tan lejana, casi esfumada ya, y que revivo ahora evocada por la magia del recuerdo...

El casamiento de Ana y Fidela Mackinlay, celebrado con un gran baile en la hospitalaria residencia de la calle Florida, fué para mí una de las más interesantes fiestas de la época; ambas hermanas iniciaron juntas su nueva existencia, vinculándose desde entonces a nuestra vieja aristocracia los apellidos de Zimmermann y de De Bary... Frente a la casa de Mackinlay, recibía con una hospitalidad tan generosa como exquisitamente distinguida, Adela Ocampo de Heimendahl, y asistíamos también todas las del grupo a los recibos quincenales de la casa de Crisol, que conserva hasta ahora su tradición de distinción y de cultura; recibía entonces, al lado de sus cuñadas, la esposa de Juan Crisol, la encantadora Elina García Lagos... Ambicionábamos también todas ser invitadas por doña Pastora Botet de Senillosa, en la solariega casa de la calle Florida, donde se levanta ahora el lujoso hotel de la familia de Peña. Mucho se recibía en la quinta de Pearson, y llenaba aquella antigua residencia, con todo el encanto de su gracia y arrogancia, Isabelita Pearson, casada después con Bowers... éramos asiduas invitadas a las quintas de Casares, de Van Praet, de Bunge, y de Gowland, quintas que si mal no recuerdo quedaban en el radio de las calles Carlos Calvo, Independencia, México, etc. A todas estas fiestas se añadían los legendarios bailes de los Clubs del Progreso y del Plata, y las fiestas que ofrecían algunos extranjeros de nota, como el suntuoso baile a que fuimos invitadas por el financista brasileño Gómez, y al que asistió toda la aristocracia porteña, puesto que el opulento banquero designó organizadores de aquel memorable sarao a Manuel Correa Morales y a Juan Manuel Larrazábal... nadie faltó a tan sonado acontecimiento... y al evocar el recuerdo de aquella visión de lujo y de hermosura, veo cruzar más de una altiva silueta que despertara a su paso mil encontrados sentimientos...

«Y es que en nuestro corazón, hay siempre una vibración que, aún con el placer, nos duele...» (1)

LA DAMA DUENDE.

(1) R. de Campoamor.



MELCHORA BELÁUSTEGUI DE OCAMPO Y EDELMIRA LANDÍVAR DE FORTUNATO.



PASTORA BOTET DE SENILLOSA.



MERCEDES BALCARCE.



RITA CASA DE BALCARCE.



CAROLINA V. DE VIVANCO.



PEPITA FERNÁNDEZ, CONDESA DE SENA.

Era el 16 de enero de 1817, en Mendoza, la de gloriosas tradiciones.

Un calor sofocante invitaba a la tradicional siesta, que daba a la capital el aspecto de ciudad dormida.

El General San Martín estaba terminando las últimas disposiciones de su gigantesca cruzada libertadora, casi fantástica, y las grandes fatigas de su vida de actividad imponderable, habían alterado seriamente su salud y padecía de un tenaz insomnio, según consta en la historia del prócer, escrita por el General Mitre: «San Martín no dormía pensando en los inmensos y escarpados montes que tenía que atravesar su ejército.»

El General, que había velado toda la noche última finalizando hasta los más pequeños detalles concernientes a su próxima campaña, estaba descansando con un sueño ligero que el más leve ruido interrumpía, mientras que en la pieza contigua su joven esposa y cariñosa compañera, sentada cerca de una mesa, apoyaba sobre ella el brazo en que descansaba su rostro de facciones finas, empalidecida por la secreta angustia de aquellas horas dolorosas para su corazón.

Remedios acariciaba dulcemente la rizada cabellera de su hijita, quien de vez en cuando la besaba en silencio, convencida de que debía respetar la consigna de velar el sueño de su padre, evitando cuanto pudiera molestarlo.

De pronto se oyó el tróte de un caballo que se detenía en la puerta de calle, siempre abierta, y luego un diálogo que fué tomando visos de altercado, entre el asistente que hacía la guardia con orden de no dejar entrar a nadie sin el permiso de la señora Generala y una cascada y chillona voz de mujer empeñada en forzar la consigna y ver al General o a la patrona Remedios.

Despertado el General, apareció en la puerta del dormitorio preguntando lo que ocurría. Ella fué a inquirir el incidente y regresó diciéndole con su dulce sonrisa:

— Es una viejecita que vino a caballo y trae un gran envoltorio que quiere entregarte personalmente.

— Que entre, — dijo él, mientras tomaba en sus brazos a la nena.

Un momento después, Remedios introducía a una vieja, pobremente vestida, trayendo con fatiga, sudorosa y sofocada, el atado



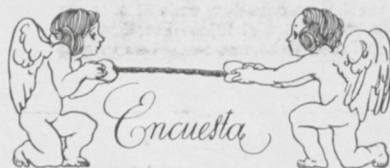
La frezada

Por Rosario Puebla de Godoy

que depositó a los pies del militar, al que saludó con la clásica frase de:

— Dios lo guarde a su mercé, señor General, por muchos años. Es el caso, que dende que se corrió la noticia d'esta guerra que parece una pesadilla, pero linda al mismo tiempo, yo, con m'hija, qu'es muda la pobrecita, nos pusimos de tarea a tejer esta frezada pa que se engüelva los pieses su mercé en la pasada e la Cordillera, ande hace tantísimo frío que al finao mi viejo se le chamuscaron las puntas de los deos en una ocasión. Porque si se le infrean a su mercé los pieses, le puede dar la puna, que es

mala enfermedad, u cualquier otro mal pior (que Dios no permita); pero estando bien abrigao no hay cuidao ninguno, y la patrona puede estar segura de que su mercé y los soldaos pasarán sobre las lomas de la montaña lo mesmo que las águilas. Güeno, anoche nos himos amanecido yo y la Juanita cardando la frezada que ha salio gruesa y peluda que da calor de sólo mirarla, mas que no ha quedao muy bonito el pintao de la guarda, por el apurón con que la himos tejió, y como somos lerdazas y el telar está más viejo que yo, su mercé dispensará los defectos, mirando sólo la güena intención...



¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto?
¿Qué ventajas y perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Sí, debe aceptarlo; pero éste ha de instituirse de tal manera que no baste, como en Francia, el mutuo consentimiento para efectuarse; sino que haya causas fundadas como las que exige hoy nuestro Código Civil, para la separación que acuerda.

Largo por demás resultaría enumerar y comentar cada uno de los muchos beneficios que esta nueva ley aportaría a la mujer, razón por la que lo hago en términos generales sin profundizar un tema de por sí bastante delicado.

Una de las ventajas que obtendría la mujer con esta ley, es quedar en libertad de acción y de fortuna (si la tiene) y no tener que pasar toda su vida bajo la tutela más o menos directa de un hombre con el cual ya nada la liga, puesto que le ha perdido el cariño y la estimación.

También encuentro más moral una completa separación, que ese estado de tolerancia social, en que se encuentran muchos hogares hoy, en los cuales dan un constante mal ejemplo a sus hijos, preparándolos así, a formar mañana tan malos hogares, como los que les sirvieron de ejemplo desde su infancia; o teniendo horror al matrimonio, pues ven en él sólo una cadena de dolor y de infortunio que los ata para toda su vida.

Y creo que al tener la desgracia de deshacer su hogar, no es la menor de las ventajas la de poder librarse por completo del hombre que causa su desdicha, y tener un estado definido, y no el que ahora tiene la mujer separada, que vive en una ambigüedad insoportable bajo todo punto de vista.

Puede indudablemente acarrearle algunos perjuicios de orden moral y material, porque la mujer aquí no está en general suficientemente preparada para bastarse a sí misma, ni tiene bastante independencia para afrontar con energía una situación a la que nuestra sociedad, llena de prejuicios todavía, hará muy difícil al principio. Y digo al principio, porque hoy que la mujer empieza a instruirse y a educar su espíritu, le será más fácil hacer frente a las adversidades de la vida y elevarse sobre los prejuicios sociales, para defender su honor y la parte de felicidad que en este mundo le corresponde.

EMINA P. DE MESQUITA.

No; la unión debe ser indisoluble, puesto que esto está instituido desde que existe el cristianismo — sus austeros principios debían proscribir necesariamente el divorcio.

Antiguamente podía repudiarse a una mujer, por las más fútiles causas y a veces por razones de interés puramente pecuniario... a tal punto llegó el abuso, que fué en un tiempo un honor para una mujer no haber tenido más que un marido, y cuando esto ocurría escribían sobre su tumba un epitafio consignándolo así.

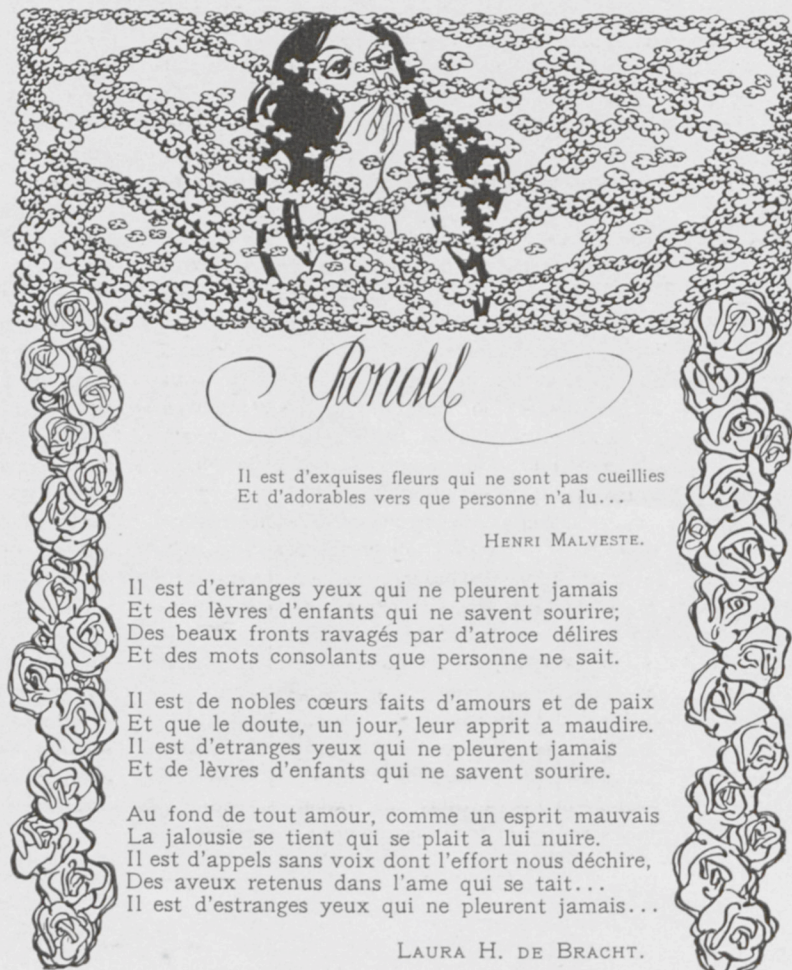
De modo que actualmente con mayor razón me parece que el divorcio es una cosa arbitraria e inhumana; pues hoy, en que la

mujer ha alcanzado un lugar preferente al lado del hombre que la ha elegido para compañera y no para esclava como en tiempos antiguos, debe conservarse esa unión indefinidamente.

Resultaría, pues, una inmoralidad la disolución del matrimonio... Así lo pensaba cuando dijo Bretón de los Herreros con mucha justicia:

... Cuando enferma un consorcio
De achaques de desamor,
Mal remedio es el divorcio
Y el escándalo ¡peor!

TERESA DE URQUIZA DE SÁENZ-VALIENTE.



Rondel

Il est d'exquises fleurs qui ne sont pas cueillies
Et d'adorables vers que personne n'a lu...

HENRI MALVESTE.

Il est d'étranges yeux qui ne pleurent jamais
Et des lèvres d'enfants qui ne savent sourire;
Des beaux fronts ravagés par d'atroce délire
Et des mots consolants que personne ne sait.

Il est de nobles cœurs faits d'amours et de paix
Et que le doute, un jour, leur apprend à maudire.
Il est d'étranges yeux qui ne pleurent jamais
Et de lèvres d'enfants qui ne savent sourire.

Au fond de tout amour, comme un esprit mauvais
La jalousie se tient qui se plaît à lui nuire.
Il est d'appels sans voix dont l'effort nous déchire,
Des aveux retenus dans l'ame qui se tait...

Il est d'étranges yeux qui ne pleurent jamais...

LAURA H. DE BRACHT.

San Martín y Remedios miraban alternativamente el donativo y la donante, verdaderamente emocionados.

— Mil gracias, excelente paisana; acepto su generoso regalo, y dé, en nuestro nombre, las gracias a su hija; — y sacando de su bolsillo dos monedas de plata, tal vez las únicas que poseía, se las alargó, diciéndole: — Acepte estas moneditas para que tomen mate en mi nombre.

La vieja se negó a recibir las monedas, diciéndole:

— Yo le aprecio la voluntad a su mercé, pero me daría pena pensar que se ha mezclado plata al regalito que le traía y que ha sido hecho pensando todito el día en sus mercedes... Si me dan permiso pa besarles las manos a los dos, me vié contentas!

Ambos extendieron sus manos, y la pobre paisana, después de limpiarse la boca con el rebozo, las besó con unción, como algo sagrado, y se retiró.

La niña, que había contemplado en silencio la escena, dijo:

— Papacito, yo quiero que me bese a mí también la mano la viejecita, y darle dos naranjas para ella y su hija.

— Anda, hijita, y realiza tu buen deseo.

La nena presentó sus manitas a la paisana quien se las besó, con lágrimas en los ojos, y esperó... Volvió la niña y entregó sus naranjas, encargándole que no se comiese las dos, pues una era para Juanita.

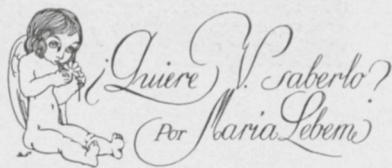
Al salir la mujer, volviéndose hacia el General le dijo, con voz profunda, profética:

— Vea señor, esa frezada le traerá suerte porque está todita llena de las bendiciones de una vieja que rogará toditos los días a la Santísima Señora del Carmel, por su mercé y sus soldados.

— Así lo espero, y hasta la vuelta — contestó el jefe.

Remedios, saliendo detrás de ella, la hizo aceptar yerba y azúcar para que tomaran mate en su nombre.

Y San Martín, al envolverse los pies en la gruesa manta, pensando en su esposa y su hijita, recordaba, emocionado y agradecido, el amor y la abnegación de aquellos habitantes que no habían omitido sacrificio alguno para ayudarle en los preparativos de la magna campaña que su mente genial había concebido y que su férrea voluntad realizó en pro de la libertad de las naciones hermanas.



¿Quiere V. Saberlo?
Por Maria Lebem

MINUCIOSA. — Preguntas ¿por qué es des-
cortés escribir con lápiz?

Según Madame Stwetchine «ecire au crayon, c'est comme parler a voix basse...» es decir, implica una descortesía, puesto que el que habla en voz baja obliga a su oyente a reforzar su atención, cuando no, a preguntarle continuamente: «¿el qué? ¿cómo dice usted?», etc., etc., del mismo modo, el que escribe con lápiz obliga al que lee a forzar su atención, pues que no deja trazada en el papel, como haciéndolo con tinta, puesto que no encierra el cuidado que se necesita para lo segundo; tan es así, que los signos o caracteres que se trazan con la pluma copian en cierto modo, por así decirlo, algo que es como el reflejo exacto del que escribe... será esta sin duda la razón por la cual se considera una descortesía el escribir con lápiz.

Sin embargo, hay lápiz que ha pasado a la historia: Siendo Murat rey de Nápoles, tenía la costumbre de pasear a caballo y a veces era detenido en sus paseos por un «lazzarone» que, tomando al caballo de la brida, presentaba un memorial o súplica a Murat, el cual sin proferir una palabra sacaba un lápiz de su bolsillo, — lápiz que nunca faltaba al soberano, — leía rápidamente el pedido, ponía debajo sí o no, lo devolvía y proseguía su camino; esta justicia sumaria y pronta, de la cual no se quejaban nunca, agradaba tanto al pueblo, que el lápiz de Murat quedó como un símbolo para los napolitanos.

Si nos atenemos a lo que nos cuenta un autor desconocido, resulta que el lápiz, el antiquísimo lápiz, amigo, compañero y coetáneo de la pluma de ganso, — aquella famosa en compañía de la cual tan apaciblemente vivía, — era de una contextura excelente, ni demasiado blando, ni extremadamente duro.

Destronado, junto con su compañera por a orgullosa pluma de acero que marcha sin exigir de ella que se le talle, ha respondido a ese desdén, haciéndose insoportable. Hoy mismo, cualquier precio que por él se pague, es casi imposible encontrar un buen lápiz; o son de una dureza excesiva o al sacarles punta se da fin con ellos...

Será cosa de pedir que vuelva el tiempo en que reinaba soberano el excelente, el viejo lápiz...



LA HORA DE LOS JARDINES

A la hora del crepúsculo, las avenidas de Palermo van llenándose de una quietud solemne. Los rayos del sol vespéral se hunden en los ramares como flechas de oro. A lo lejos, por los senderos solitarios, cruza a veces algún viejo misántropo o alguna pareja trashumante. Son los enamorados, que buscan en la paz del atardecer un poco de ensueño para sus corazones; estos idilios, vulgares o funestos, tienen como los otros, su hora de sentimentalismo romántico. Por las vías asfaltadas también suele verse uno que otro coche tirado por caballos famélicos, o un lujoso automóvil, en cuyo fondo se adivina la elegante silueta de alguna dama aristocrática. Después nada; el silencio, la mística quietud de la tarde, la augusta solemnidad de la hora llenando el Rosedal, los senderos, las pequeñas islas artificiales, el lago de platino.

Para el paseante que tiene el alma un poco soñadora, este es el momento propicio para vagar por los jardines. Contemplando sus incomparables bellezas, se llena el corazón de un encanto desconocido; entonces se siente que la naturaleza no es extraña a nosotros: ella viene a ser como la madre espiritual del hombre. Nos da salud, alegría, serenidad de espíritu. La naturaleza es también generosa como una hermana; nos cura el mal de la tristeza y nos ofrece el aire perfumado, la frescura del agua, el amor por todo lo que nos acerca a ser felices.

Buscando lugares apartados donde se pueda

gustar libremente el goce contemplativo del crepúsculo, se llega a un sendero donde las ramas de los eucaliptus han formado una bóveda. Parece la nave de un templo. El sol, moribundo ya, pone arabescos en la yerba, como si en vez de filtrarse en los ramares atravesara una vidriera de colores. Al fondo se ve la cinta plateada del lago, en cuya linde nacen juncos silvestres. Un pavo real abre su cola de abanico con la pompa de un príncipe oriental. Los flamencos picotean en la orilla; sus patas zancudas y membranosas, parece que se quebraran al moverse. La brisa del otoño, al sacudir suavemente las arboledas, ha dejado caer sobre el agua unas hojas marchitas; entonces se riza la superficie del lago, formando unas ondas azules que se van agrandando hasta perderse. El paseante prosigue su camino bajo los eucaliptus del sendero. Su imaginación viaja por lejanos países que acaso no vió nunca. Es la influencia del lugar. Las ruinas griegas que embellecen un rincón del paraje, le traen a la memoria aquellas islas del Pireo donde un día pasearon las más bellas mujeres de la tierra. Más allá, perdido entre las alamedas, surge a la vista un templete indio que recuerda las trágicas leyendas de Bhuda. Viendo los demás pabellones que sirven de guarida a los animales, rememora en su imaginación historias de los países brumosos, del Rhin, de Dinamarca. Sensaciones de paisajes fantásticos; visiones de la Arabia, de las Antillas, del Japón, de todos los países raros, de todas las comarcas exóticas. De

pronto sus ojos se sorprenden viendo en el lago, que se ha vuelto de un azul transparente, algo blanco que flota como un esquife mágico. Es el rey de los jardines: un cisne blanco como una virgen desnuda, como un mármol, como un copo de nieve. Cuando llega a la orilla, salta sobre la yerba verde. Mientras esponja su plumaje, las alamedas y los sauces se tiñen de púrpura solar. Es la hora rosada. El cisne yergue su cuello en forma de S. ¿Interroga al crepúsculo? Quien sabe. Su figura, ágil y alada como una ilusión, ha resucitado en el silencio de la tarde la leyenda de Júpiter. La imagen de Leda se presiente en la enramada. La brisa nos trae su perfume penetrante y sutil. Es un perfume impreciso, de florestas, de nardos, de rosas entreabiertas. El paseante soñador, ve o adivina las formas perfectas de una doncella núbil, que recoge su pudor con un jirón de túnica. Está a distancia, semioculta entre los árboles frondosos. ¿Que visión tan maravillosa es esta que descubren sus pupilas? El soñador se acerca un tanto incrédulo al sitio donde ha creído ver el símbolo de la belleza femenina. Cuando llega, sólo ven sus ojos una Venus de mármol que sonríe... Allá, a lo lejos, el cisne vuelve a esponjar, con el cuello hundido entre las alas, su plumaje diáfano.

El encanto ha quedado roto; pero cuando el soñador vuelve a la ciudad, lleva en el alma el goce de haber vivido la hora espiritual de los jardines.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



ESCENAS PINTORESCAS

A LA PUERTA DE LA HERRERÍA

Los indicados para
los fumadores que
exigen lo mejor



La Cubana

Cigarrillos de 40 cts

Construcciones especiales para la campaña Mampostería en cemento armado Sistema «CHACON»



Certificado de los señores
Rivero Hermanos:

Buenos Aires, diciem-
bre de 1915.

Tenemos el agrado de
manifestarles, que hemos
quedado completamente
conformes con los edificios
de la capilla y de la escuela,
que han levantado us-
tedes en nuestro estable-
cimiento «Salquico».

Los contratos de estas
construcciones han sido
cumplidos por ustedes en
todas sus partes y a nues-
tra entera satisfacción.

El sistema «CHACON»
empleado en estos edifi-
cios, nos empujaremos en
recomendarlo por su soli-
dez, economía y rapidez en
su ejecución, reconociendo
además un buen gusto en
los frentes y la comodidad
en los planos presentados
por ustedes. Aprovecha-
mos esta oportunidad para
saludarlos attos. y Ss. Ss.

Rivero Hnos.

La SOLIDEZ de nuestras construcciones, su po-
co costo y buena estética, confort e higiene y el
poco flete y rapidez que se emplea para cons-
truirse, hacen a nuestro SISTEMA «CHACON» (Pat.
11890) merecedor de ser el más usado en toda
la República y es recomendado por nuestra clien-
tela como el más conveniente para la campaña.



Un certificado concienzudamente y espontáneamente dirigido
a nuestra casa.

Concordia, marzo 25 de 1917.

Señores Chacón & Hnos.—Buenos Aires.

Muy señores míos: Tengo el agrado de expresarles mi ab-
soluta conformidad al chalet que me construyeron ustedes.
Esta impresión es tanto más espontánea y sincera cuanto
que la manifiesto un año después de habitar el edificio,
esto es, cuando he podido apreciar sus verdaderas condi-
ciones. Pienso que con las construcciones «sistema Chacón»
realizan ustedes un ideal representado por las siguientes
ventajas esenciales: el precio, la seguridad, la higiene y la
elegancia arquitectónica.

Les saluda atentamente su afectísimo S. S.

Antonio L. de Luque.

Para informes, presupuestos, planos y catálogos, GRATIS, dirijan su correspondencia a

R. CHACON Hnos.

ALSINA, 1537 - Buenos Aires.

U. Telef., 5448, Libertad.

EL ELEFANTE Y LA MUCHACHA

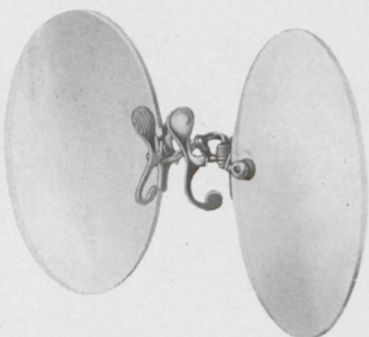


ALBERTINA HINES, BELLA NORTEAMERICANA QUE, DESPRECIANDO LOS
LAURELES DEL «COUPLETISMO», SE DEDICA A LA DOMA Y AMAESTRA-
MIENTO DE COLOSALES ELEFANTES.

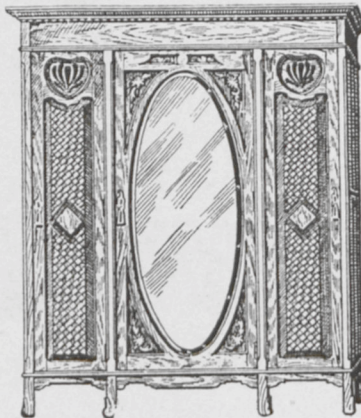
Lutz, Ferrando y Cía.

Florida, 240 - Buenos Aires.

Verdadera elegancia y
confort positivo en los
lentes y anteojos de
nuestra última creación.



¡Necesita usted comprar Muebles!



acuda a la Mueblería LA
PROVEEDORA DEL HOGAR
Sarmiento, 1150, donde en-
contrará un selecto surtido
en Dormitorios, Comedores,
Sala, Vestíbulo, Escritorios,
etc., etc.

Soliciten Catálogo General

LA PROVEEDORA DEL HOGAR

SARMIENTO, 1150

Cooperativa Telefónica, 101 (Central)



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA

SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	\$ 3.— m/n.
Semestre (6)	» 6.— »
Año (12)	» 11.— »
Número suelto	» 1.— »

EXTERIOR

Año	\$ oro 5.—
Número suelto	» 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a to-
dos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la
administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

ALFOMBRAS - TAPICERÍA

DOSELES - TULES - CRETONAS

CAMINOS - FELPUDOS - ALFOMBRITAS

C
O
R
T
I
N
A
D
O
S



A
L
F
O
M
B
R
A
S

VISILLOS - CARPETAS PARA MESA

La Exposición

322, FLORIDA, 326

LOS DOS TELÉFONOS

LAS HERMANAS BRONTË



Este lienzo, cuyo valor artístico es bastante mediano, tiene una gran importancia histórico-literaria. Representa a las escritoras Carlota, Ana y Emilia Brontë, célebres en la literatura inglesa y entre los aficionados a quienes no les estorba el idioma de Shakespeare.

Las hermanas Brontë constituyen un caso singular en la historia del arte, donde abundan las parejas fraternales que unidas o separadas cultivan el campo literario, produciendo obras más o menos célebres.

Hijas de un pastor protestante y poeta, Carlota, Ana y Emilia heredaron, mejorándolas, las dotes artísticas del padre.

Carlota nació en 1816; Emilia, en 1819, y Ana, en 1822. Las dos últimas murieron solteras, en el mismo año (1849); Carlota murió en 1855, al año de casada con el pastor Arturo Bell Nicols.

El primer apellido de su esposo (Bell) forma parte de los seudónimos con que se conoce también a las tres hermanas. Carlota se firmó «Currer Bell»; Ana, «Acton Bell»; y Emilia, «Ellis Bell» para firmar el único libro que escribieron juntas, un tomo de poesías publicado en 1846. ¿Esta repetición de apellido es una mera coincidencia o es testimonio de una romántica, íntima y casta coincidencia de amor? En aquel delirio de idealismo todo resulta posible.

La más célebre de las tres Gracias literarias es Carlota, autora de las novelas «El profesor», «Jane Eyre» autobiografía, «Shirley» y «Villette». La primera, escrita en Bélgica, donde Carlota ejercía las modestas funciones de institutriz, no encontró editor. «Jane Eyre», es un sentido cuadro de realismo, donde se describen caracteres y pasiones con gran habilidad y sencillez. En «Villette», pinta la vida rural inglesa con intensos y exactos colores.

Ana, segunda en mérito, escribió «Agnes Grey» y «El rentero de Wildfield Hall», dos obras también llenas de ameno realismo.

Emilia, que no estaba afiliada a esta escuela literaria, publicó «Wuthering Heights», relato novelesco donde su exaltada fantasía hace un derroche, y varios tomos de poemitas. Murió de tisis, enfermedad a la moda en aquella época de lirismo exacerbado.

Las tres hicieron un brillante papel en la literatura británica de la época victoriana. Fueron tres graciosas majestades de las letras, no solamente por el valor literario de sus composiciones, sino por las hermosas cualidades espirituales. Carlota era la abnegación, Emilia la energía y Ana la ternura femenina.

De este lienzo habló largamente Mrs. Gaskell en su «Vida de Carlota Brontë». Pintado por Branwell Brontë, hermano de los ilustres literatos, se consideraba perdido. Fué hallado en 1904, y desde esa fecha figura en la National Portrait Gallery junto a otro retrato de Emilia que apareció al mismo tiempo. Carlota está a la derecha, Emilia en el centro, y a la izquierda Ana.



Establecimiento Nacional

para la elaboración de
los afamados jamones

Foxe

DE

Cayetano Graziosi

French, 3200 (esquina Coronel Díaz)

Buenos Aires

Unión Telef., 1111 (Palermo) - Coop. Telef., 212 (Norte)

Venta en todas las Fiambrerías, Confiterías y Almacenes.
Exíjase la marca





Pabst

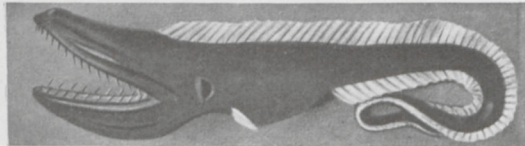
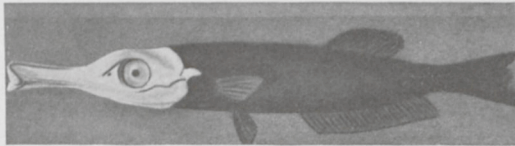
El alimento líquido que no exige esfuerzos digestivos. El tónico insuperable que ni reconoce rivales ni jamás pudo ser igualado, a pesar de que tantas veces se procuró imitarlo.

Pescados en el Atlántico, a profundidades donde se hundirían sin dejar vestigios las más altas montañas, estos peces vienen a aumentar la ya copiosa fauna marina.

La naturaleza, infinitamente varia en sus creaciones, ha producido estos monstruosos animales, que resisten fabulosas presiones y viven en la obscuridad de los abismos oceánicos.

En esas profundidades, como en la superficie de la tierra, la lucha por la vida se sostiene feroz, inacabable. Siempre hay allí peces más chicos o más débiles que caen entre las mandíbulas de estos pe-

PECES RAROS



cecillos, poco mayores del tamaño de nuestro fotograbado.

Para cumplir con relativa comodidad su misión devoradora, estos extraños habitantes del mar poseen aparatos de alumbrado económico. De ese modo, cuando quieren se rodean de una luz que les permite ver la presa, y que, a veces, la atrae fascinándola.

Aunque viven en la oscuridad se hallan matizados de primorosos colores. Son en extremo voraces, como se comprobó exa-

minando sus buches, donde habían encontrado sepultura numerosos peces casi microscópicos.

Está comprobado que no hay nada que pueda sustituir para las neuralgias, jaquecas, dolor de cabeza, a la

NEVRALGINE MERICI

Un solo sello quita el dolor en 10 minutos.
EN LAS BUENAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

¡CARUSO!!

¿Quiere usted verlo de cerca?

Los
MEJORES GEMELOS

para el TEATRO COLON los encontrará usted en esta casa, la que más BARATO vende en Sud América.

HAUVILLER y Cía., 318, Suipacha, 318

Toda persona de gusto refinado y práctica conoce y recomienda

La Yerba-mate "AURELIA" y el Calentador-mate "AURELIO"

La Yerba-mate «AURELIA» es la más pura, suave y aromática yerba paraguaya conocida hasta hoy. Se usa para mate amargo, como con azúcar.
Vale \$ 1 20 ^m/₄ el paquete de 1 k.

El Calentador-mate «AURELIO» es el aparato INDISPENSABLE para toda persona que viaja. Es una verdadera monada, elegante y de proporciones reducidísimas. Vale \$ 14.— ^m/₁₆.

Dirijan sus pedidos, con el importe al UNICO DEPOSITO y EXCLUSIVO CONCESIONARIO
ERNESTO MAPELLI (Emporio Paraguayo)
CARLOS PELLEGRINI, 234, Buenos Aires — Unión Telefónica, 1899 (Libertad)

Muebles

norteamericanos para escritorios.

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestibulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.
BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

CONSTRUCCIONES

DE
CHALETs DE ESTILO. CASAS.

GALPONES etc.

Sólidos, elegantes, económicos y muy confortables

SILOS DE CEMENTO

INFORMES, PLANOS Y FOLLETOS AL GERENTE
DE LA **ARMOURD BUILDING C^o** - EASTON GARRETT
PERU 569 UNION TELEF. 3102, AVENIDA BUENOS-AIRES



Hace ciento siete años, cuando en el horizonte de un día húmedo y brumoso, surgió el risueño Sol de Mayo, las mujeres miraban con naturales resquemores de envidia a las privilegiadas, cuyos lujos, más tarde sacrificados por la patria, se arrastraban en carrozas que actualmente adornan los museos.

Hoy la culminación de las ansias femeninas consiste en reclinarsse muellemente entre sedas y encajes, sobre los incomparables cojines de una lujosísima Limousine Studebaker.



Djivertq

AGENCIA
JOHNSON

PHILIPS



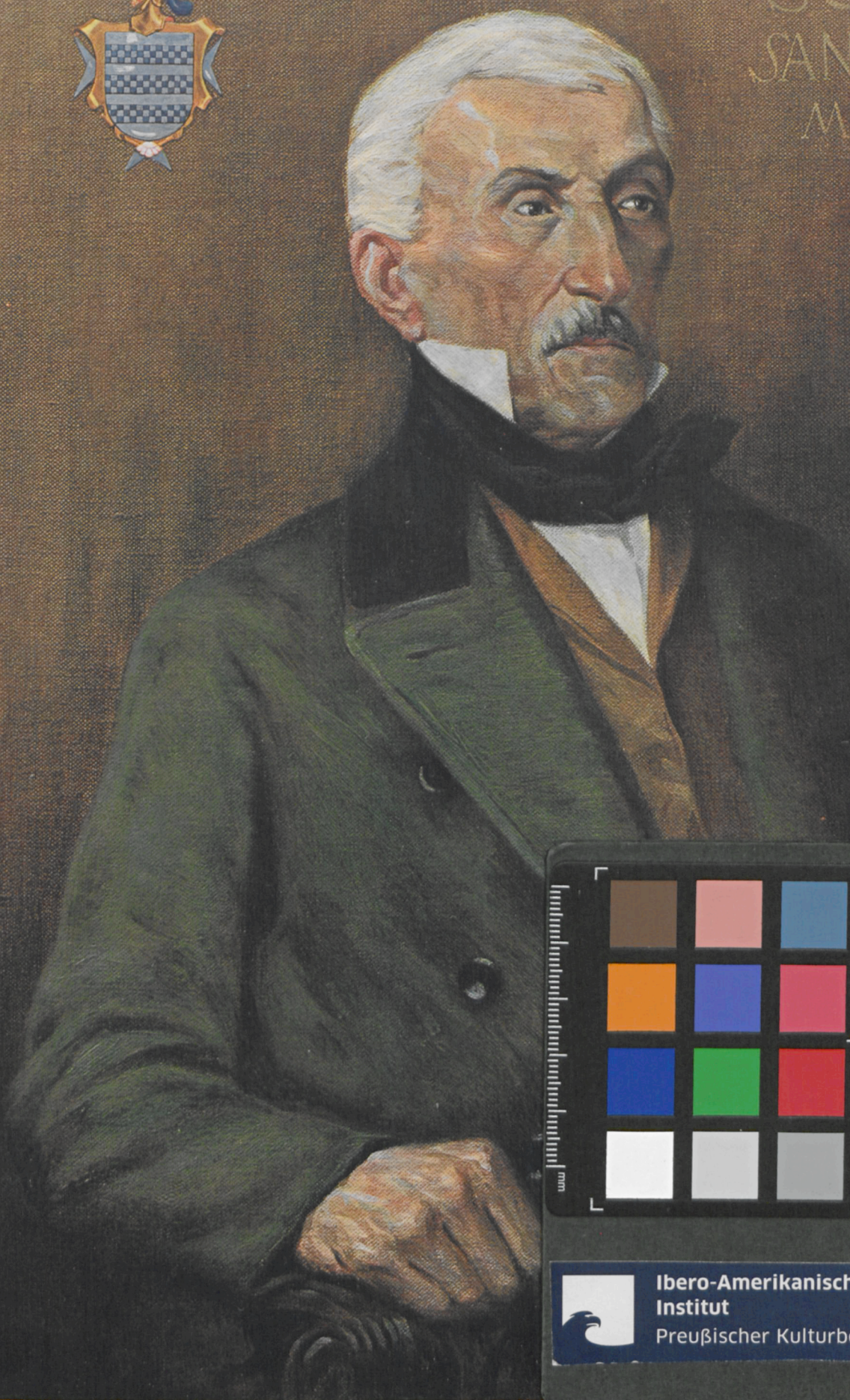
ARGENTINA

Las nuevas lamparitas de Medio Watt de 50 y 100 bujías. Luz blanquísima, consumo de corriente muy reducido.

FABRICANTES: PHILIPS Ltd., EINDHOVEN (HOLANDA).
UNICOS AGENTES: BOSCO, VILA Y MARZONI, BUENOS AIRES.



JOSE² D
SAN MARTIN
MDCCCL



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
3.2	9.0	3.2

PLVS VLTRA.

ÓLEO DE MAYOL